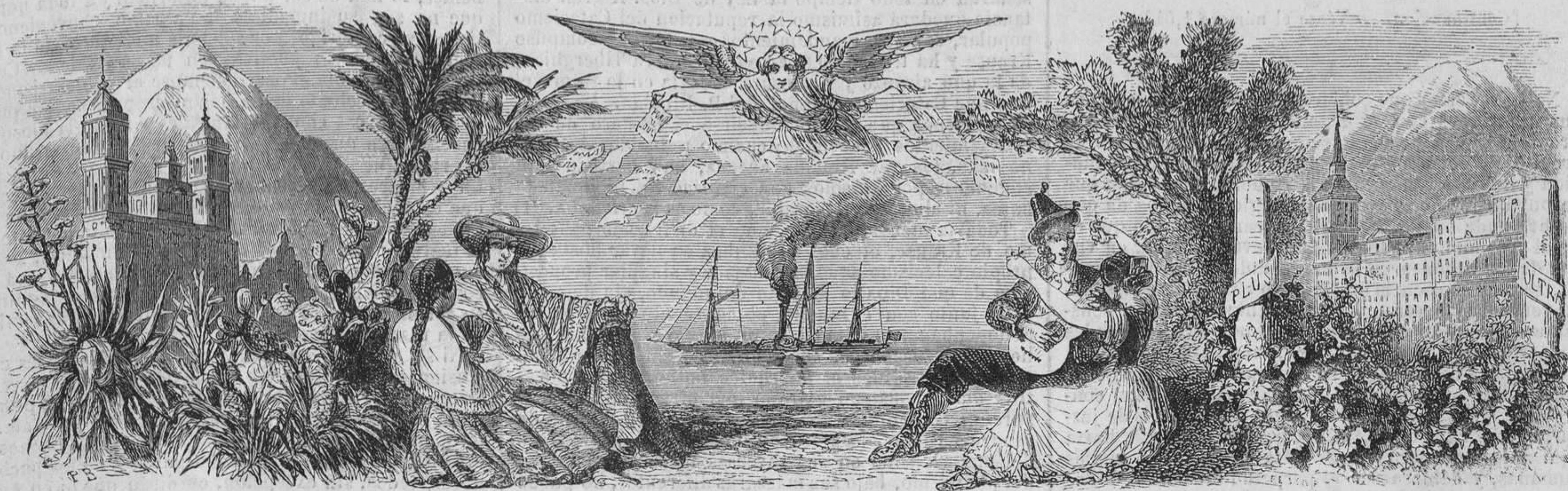


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,044.

SUMARIO.

El general don Francisco Mejía; grabado. — La doctrina social de nuestros tiempos. — Las inundaciones;

grabados. — Revista de Paris. — La dama de Lyon, ú orgullo y amor. — La crecida del Sena; grabados. — Autógrafos de la historia de Francia copiados en los archivos nacionales; grabados. — Usos y costumbres de la

edad media; grabados. — Sir Ricardo Wallace; grabado. — Memorias de un criado. — Apuntes de viaje: Riña de gallos en una aldea de Nueva Granada; grabado.

El General

DON FRANCISCO MEJÍA.

El general don Francisco Mejía nació en Cumaná, hoy Estado de Nueva Andalucía, uno de los departamentos en que estaba dividida la antigua capitania general de Venezuela, á fines del siglo pasado; y cuando principiaba á recibir en sus primeros años la educacion que sus padres podian proporcionarle, estalló la revolucion de Independencia.

Al terminar la guerra, que hizo sin interrupcion y brillantemente, como lo prueban sus hojas de servicio, Mejía ascendió al grado de coronel, conferido por Bolívar, y desempeñó luego, hasta la disolucion de Colombia, destinos importantes, como fueron el de secretario general de uno de los grandes departamentos en que se hallaba dividido el territorio de Colombia y otros no menos honoríficos. Disuelta la gran República, y establecidas en su lugar tres con los nombres de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, Mejía representó un papel conspicuo en la creacion de la primera, inclusive su pertenencia á la Convencion de 1830, y Presidente en los Congresos de 1831 y 1832. En 1833 Mejía tomó parte en la revolucion que se llamó de Reformas, con el carácter de Jefe de estado mayor general del ejército de Oriente: fracasada esta revolucion, Mejía fué extrañado del territorio y no volvió á figurar en la alta política del pais hasta el año de 1847, en la inauguracion del partido liberal, siendo en aquellos primeros años minis-



EL GENERAL DON FRANCISCO MEJÍA.

tro de Estado, director de las operaciones militares de mar y tierra, y otros empleos importantes. El general Mejía viene siendo uno de los hombres mas cognotados de la escuela liberal mas adelantada y fervoroso defensor del sistema federal, como lo prueban sus numerosos escritos y discursos sobre la materia, habiendo recorrido con integridad y lógicamente la alta escala de la República, desde soldado hasta general en jefe, desde jefe de canton hasta presidente del consejo de Estado, desde parlamentario hasta plenipotenciario, desde oficial de Hacienda hasta ministro del tribunal mayor de Cuentas, desde juez de parroquia hasta ministro de la alta Corte, desde elector hasta presidente del Congreso.

El general Mejía raya hoy en los setenta y cinco años de edad, y es reputado por uno de los hombres mas probos y austeros de su pais, y uno de los patricios mas notables y considerados aun de sus propios enemigos políticos, como se deduce de los siguientes conceptos, emitidos por la prensa contendor de su candidatura para presidente de la República en 1870:

« La candidatura del señor general Mejía, dice *el Federalista* de Caracas, no ha sido ni será la nuestra, porque pensamos que el presidente nacional de 1870 debe salir de las filas mas activas y mas caracterizadas del partido nacional ó fusionista; pero eso no obsta para que reconozcamos y confesemos que el nombre del general Mejía es tal vez el único que puede ser proclamado con honor y con algun éxito por los hombres del partido liberal, extraños ó relativamente extraños á la presente situacion política. »

La doctrina social

DE NUESTROS TIEMPOS.

(Continuacion. — Véase el número 1,043).

No extrañemos que gobierno, legislación, Iglesia, en sus relaciones con el Estado; matrimonio, familia, propiedad, organización económica, asociaciones de crédito, de socorros de cambio; sistemas de producción y de repartimiento de la riqueza, todo tenga que reconstituirse de nuevo, con arreglo al dogma de que no hay nada bueno, ni justo, ni santo, sino lo que es igual y comun para todos. La nueva sociedad, en virtud de los cánones de la moral independiente formada, será en su esencia un contrato: no el de Rousseau, en verdad, sino otro constantemente ajustado y constantemente deshecho, sin duda, por las voluntades conscientes de sí mismas, que, mediante la libertad, aspiran á la igualdad, ó sea á la justicia, sinónimo de igualdad en este sistema. (1) Una sola aplicación concreta de él, bastará, señores, para que acabeis de juzgarlo todo entero. La familia ha sido reputada hasta aquí por la primera y mas justa de las asociaciones humanas, y debiera ser el perpétuo modelo de todas ellas. Pues al decir de Coignet, la familia tiene un origen puramente fisiológico, y habiéndose formado en virtud de un natural apetito, que la despoja de todo fin superior, ante la razón y la conciencia, tan solo constituye un régimen de fuerza, y aun el mas grosero y bárbaro régimen de la historia. ¡Santa y dulcísima autoridad de abuelo y abuela, de padre y madre; tierna y dichosa obediencia de hijos y nietos; natural respeto de los menores á los hermanos mayores, y debida protección de estos á los mas pequeños; todo, en fin, cuanto es vínculo, y orden, y providencia en la familia, no es sino pura fuerza para la moral independiente, y fuerza bruta que hay que ir disminuyendo sucesivamente, para pasar del estado de naturaleza al de barbarie, del de barbarie al de civilización! ¿Y esto podrá nunca llamarse moral la conciencia humana? ¿Será esa moral filosófica la que haya de poner remedio á los males presentes, resolviendo los problemas sociológicos contemporáneos? ¿Habrá el mundo culto de pensar al cabo, como la moral de Büchner y la de Coignet dan á entender juntamente, que el bien material, por igual repartido, y los goces sensuales son las cosas únicas que el hombre debe anhelar y realizar en la vida?

No: acaba de responder la filosofía krausista por boca de Tiberghien; no, responde asimismo el eco lúgubre de la ya apagada voz de Schopenhauer, último de los grandes filósofos germánicos. Pero Tiberghien, que sinceramente lamenta las tendencias sensualistas y materialistas de nuestra edad, las cuales, bajo la máscara del positivismo, cada día ganan terreno entre los hombres de mundo; Tiberghien, que tanto se escandaliza de que, sin reparar en los contrarios argumentos acumulados por la antigua y moderna filosofía, haya aun quien sostenga que el alma es una función del cerebro, que Dios es una hipótesis, á menos que no sea la humanidad misma, y que el ser del hombre no difiere esencialmente del de los brutos; Tiberghien, que imparcialmente reconoce que el linaje humano no ha carecido hasta ahora de religión ni de culto, ni carecerá jamás; Tiberghien, por último, que victoriosamente refuta la tesis misma de la moral independiente, sosteniendo que es el amor de Dios el apoyo mas firme de la verdadera moral, y el fundamento positivo de la caridad universal, así como que la moral reclama, por sanción, el concepto de la inmortalidad del alma; ¿por qué singular inconsecuencia se declara enemigo del catolicismo, desdeña el cristianismo entero, á lo que parece, y pone su esperanza toda en la fundación de un nuevo culto, intentando erigir altares al Dios solitario de la religión natural? (2) Bien sabido es que la escuela krausista, que tantos y tan notables maestros ha tenido y tiene en España, y de la cual es Tiberghien muy autorizado representante, nunca ha renegado del principio religioso, y hasta ha pretendido ser compatible con el cristianismo. Esta pretensión difícil tiempo hace está abandonada por Tiberghien; pero si Dios le da larga vida aun, por sus propios ojos ha de ver aquel profesor incansable, que la nueva religión, de que se declara apóstol, únicamente basada en la razón, accesible á todas las inteligencias é infiltrada en las venas del cuerpo social, por la sola virtud de la propaganda racionalista, cunde poquísimo; ó si cunde, ni por un instante detiene la decadencia del pueblo francés, ni la de ningún otro pueblo latino. Fuera del cristianismo, con su admirable fuerza de expansión, y su sublime historia sagrada, y su verdad moral, casi inconcusa hasta los revueltos días que alcanzamos, no ya los hombres de mundo únicamente, sino también

las muchedumbres, seguirán sin duda alguna su carrera, no parando hasta caer en el ateísmo, que es para el propio Tiberghien la disolución de los principios del orden científico, y la descomposición del orden moral.

Jamás los mandamientos de la humanidad de Krause, guiarán los pasos del hombre que haya podido olvidar los del Decálogo, únicos que contendrán y enseñarán en todo tiempo la Ley de Dios. A gran distancia quedará asimismo la reputación del Catecismo popular, con sus mandamientos y todo, que compuso Krause y ha traducido y arreglado ahora Tiberghien, de la que alcanzó y alcanzará todavía en lo futuro el humilde Catecismo español del P. Ripalda. A veinte, es lo menos que puede reducirse el número de los mandamientos krausistas; cuando reducidos á dos, y no mas, los que Ripalda enseña, han bastado para engendrar por sí solos una civilización, ni igualada antes, ni ahora reemplazable, como es la cristiana. (1)

Todavía menos, si cabe, que el disfrazado panteísmo de Krause, el cual no titubea en llevar hasta su propio catecismo aquella conocida y singular proposición de que Dios es distinto del mundo, sin dejar de estar junto con el mundo, obtendrá el pesimismo de Schopenhauer, ni imperio, ni influjo real sobre los hombres. Verdaderos son y útiles los cargos por Schopenhauer dirigidos al anárquico optimismo de nuestros días, monstruo extraño que ofrece universal y perenne contentamiento, y sin cesar cubre el suelo de sangre y ruinas. Mas ese optimismo impio, producto del materialismo en sus diversas formas, y también del panteísmo, bajo sus máscaras diferentes, no puede ser sustituido por la ironía horrenda de Schopenhauer, incapaz de engendrar la caridad ni el amor, sino antes bien la desesperación y el odio de sí mismo y del prójimo. (2) Para Schopenhauer todo el valor del hecho moral está en la intención, en la voluntad, de suerte que tanto grado de perversidad cabe, á su juicio, en una intriga cortesana, como en el mas aleve asesinato; y por eso mismo desdeña el influjo de la saludable doctrina de las penas y las recompensas en otra vida. «Puede en esto haber,» dice textualmente, «ventajas políticas, mas no morales; porque no se logra sino poner un obstáculo á la manifestación de la voluntad en la vida.» Hay en este concepto de la moral, que varios otros filósofos comparten, un peligrosísimo sofisma, que no es esta ocasión de poner en claro, puesto que, según al principio dije, no estudio hoy aquí las ideas teológicas, metafísicas y económicas, sino por lo que toca á sus efectos sociales. Pero dentro de tales límites, permitaseme declarar, señores, que no hallo nada tan absurdo como el fin moral de Schopenhauer. Dejarles pensar á los hombres, hacerles creer á las multitudes de hombres, que no hay vida futura, ni perfecta y eterna justicia, y decirles á la par, muy formalmente, que no es ningún mal la muerte, porque al cabo la eternidad de la materia y de la fuerza demuestra nuestra propia indestructibilidad; decirles que la naturaleza, libre de toda ley sobrehumana é independiente de toda divina dirección, se burla de los individuos, y atiende tan solo á la especie; decirles que con eso y todo se resignen con su suerte, y sufran y callen, porque vivir es padecer, y la felicidad es ilusoria, siendo real el dolor únicamente; decirles que la vida es pura vanidad, y que al misero mortal le sirve solo para tener ocasión y espacio en que anular su voluntad propia, derivando toda la moral de esta anulación de la voluntad, la cual, pese á todos los filósofos del mundo, en cada uno se siente y reconoce libre; ¿es, por ventura, derramar saludables bálsamos sobre las llagas del cuerpo social? ¿En qué se parece esto, como han pensado algunos, al misticismo ni al ascetismo cristiano? ¿No serán mas bien las consecuencias lógicas de tal doctrina, el endurecimiento del alma y el brutal apetito de los goces sensuales, que á no dudarlo, ofrece la vida, y que ningún pyrronismo basta á negar con fruto, ni cuando se están disfrutando de presente, ni cuando se apetecen, se buscan, y á ciencia cierta se esperan? Lo que puede esto hacer únicamente es que sean mas indisolubles, que lo son todavía, esos tremendos problemas planteados, antes que por otros ningunos, por los obreros socialistas alemanes, y que tanto cuidado daban ya á Schopenhauer y á su rival en ironías amargas, Enrique Heine.

IX.

Y ahora, bien pueden ya permitirse ciertas observaciones políticas, que ni serán muchas, ni aplicables á nación alguna determinada. No es otro mi propósito en este punto, sino que midais conmigo la profundidad del abismo que tenemos delante. A mayor distancia de unos que de otros, hoy en día, siguiendo ciertas pendientes, él habria de tragarnos á la postre á todos. Fijaos bien, señores, en que esas muchedumbres, mal endoctrinadas y mal contenidas por los artificiales, y vanos, y hasta inmorales siste-

(1) Sanz del Río. — *Ideal de la humanidad*. — Páginas 232-233. — 1860. — Carta sobre algunas opiniones expresadas en el Ateneo. — 1860.

(2) A. Foucher de Careil. — Hegel et Schopenhauer. — *Études sur la philosophie allemande moderne*. — Paris, 1862.

mas de moral que acabo de bosquejar; esas muchedumbres, de una parte descristianizadas, descristianizadas, y entregadas de otra á la libre y despiadada corriente de las leyes descubiertas por la economía política; esas inmensas sumas, en fin, de proletarios, que no pueden limitar su rebelión á Dios exclusivamente, según pretenden, por lo que se ve, ciertos pensadores superficiales, sino que puestos á ser rebeldes, lo han de ser á toda autoridad y á toda norma que no sea su inmediata y palpable conveniencia; tienen ya conferido, por solemne ministerio de la ley, todos los poderes públicos, en no pocas de las Constituciones del día. Poseyó siempre el proletarismo la fuerza inconsciente de su parte; después se han puesto á su lado las ciencias naturales y hasta la filosofía, enseñándole que nada debe esperar ó temer sino de sí propio, ni dentro ni fuera del mundo; y tiene, por fin y postre, el instrumento generador del derecho, que es decir, el derecho mismo en sus manos. De esta suerte el derecho estará en lo futuro inmanente en la fuerza, como lo está la fuerza en la materia, según afirman Mollescott y Büchner; y el derecho será así cosa material, y no tendrá ya la fuerza que legitimar su acción fuera de sí misma, poniéndose al servicio de la razón y la justicia.

Ni se alegue para tachar de exageradas tales conclusiones, la experiencia que hasta aquí han ofrecido los pueblos regidos por instituciones libres. Lo pasado tiene muy poco que ver en esto con lo presente. Si formalmente consultais, señores, cuantos buenos libros existen sobre el derecho público de los pueblos libres, todos, sin excepción, os dirán que ni en América, ni en Europa ha habido hasta aquí pueblos de esta clase, cuyas instituciones no descansaran sobre solidísimas creencias religiosas. He citado ya, con otra ocasión, á Le Play, el cual ha tratado de un modo general la cuestión; tócame ahora hablar de autores que han escrito obras concretas y especiales.

Elocuentemente demostró el inolvidable Tocqueville, en su profundo exámen de la democracia en los Estados Unidos, que ninguna religión era allí contraria á la libertad; que los católicos mismos, tan acusados de enemigos de las modernas ideas políticas, son quizá allí los mejores de los ciudadanos; y que, en su concepto, la moral cristiana, por todas las sectas aceptada, y la unánime creencia en Dios de aquel pueblo, eran el fundamento de la gran severidad de sus costumbres privadas, de la firmeza que el orden moral allí conserva, á pesar de las agitaciones políticas, de la moderación de las ideas y sentimientos, y en suma, de que fuesen allá posibles instituciones que en otros vecinos países parecían manantiales de perenne anarquía. «El cristianismo (exclama Tocqueville) reina en los Estados Unidos, sin contestación ni obstáculo alguno, y la religión en general debe ser reputada por la primera de las instituciones de aquel pueblo; que si no es ella quien le inspira amor á la libertad, tan solo por ella acierta á disfrutarla.» (1) Leyes recientes prueban que lo que observó años hace el mayor de los publicistas franceses contemporáneos, tan cierto cual era entonces debe de ser ahora.

Pues volviendo á Inglaterra los ojos, aguardándonos allí la sorpresa de que un publicista como Bagehot afirme hoy mismo, que si la monarquía añade allí gran peso al poder público, no es sino porque se apoya en la fuerza del sentimiento religioso, aunque á la verdad no acierte á darse cuenta el propio autor, que es todo un pensador libre, de semejante fenómeno. «Preguntad,» dice textualmente, «á la inmensa mayoría de los súbditos ingleses, cuáles son los títulos que la reina tenga para gobernarles; y no os dirán, por cierto, que impera en virtud de un auto del Parlamento; antes bien, responderán que ella reina por la gracia de Dios, y que ellos por religión están obligados á obedecerla.» (2) Y es de advertir, señores, que este autor, poco há desconocido en el continente de gran parte de los hombres cultos, ha logrado á estas horas que apenas haya cuestión importante de sociología, donde los publicistas liberales y los naturalistas mismos, no citen con alto aprecio sus opiniones.

Consecuencias no distintas de las anteriores, dedúcese del libro recientemente publicado por el inglés Hepworth Dixon acerca de la Suiza contemporánea. Examinando este autor la instrucción primaria en las escuelas suizas, donde se engendra y se alimenta principalmente el espíritu democrático de aquel dechado de federalismo, dice que las leyes sobre pública instrucción de casi todos los cantones, tienen por objeto expreso formar á un tiempo buenos republicanos y buenos cristianos; citando en particular la de Zurich, que ordena que el sistema de enseñanza se arregle al propósito de hacer de los hombres ciudadanos útiles y seres morales y religiosos; y la de Vaud, que manda que toda la educación pública tenga por base los principios del cristianismo y de la democracia. (3) rigurosamente concertados.

Posible es, pues, y muy posible que el cristianismo

(1) *De la Démocratie en Amérique. Causes qui maintiennent la Démocratie*, tomo II, pág. 208. — Edición de Paris, 1838.

(2) W. Bagehot: *La Constitution anglaise*. — Paris, 1869, pág. 81. — *La Royauté*. El autor dirigió también la edición francesa.

(3) *La Suisse contemporaine*. — Paris, 1872, cap. XXVI, página 201.

(1) Coignet: *La Morale indépendante*.

(2) Tiberghien. — *Les commandements de l'humanité ou la vie morale, sous forme de catéchisme populaire, d'après Krause*. — Bruxelles, 1872.

perseguido, cual dije al principio, por los gobiernos actuales, tanto republicanos cuanto monárquicos, pierda en lo porvenir su influjo en la legislación y el organismo de todos los Estados; mas hoy por hoy, no cabe negar el hecho demostrado de que ningún orden social ha existido hasta ahora, ni siquiera en los países que mas justamente se estiman libres, sin tomar sus principios por fundamento. Es de todo punto evidente, que cuanto en el orden social echamos de menos, y cuanto buscamos en vano, hoy en día, hasta para consolidar las modernas instituciones liberales, hallábase fácilmente resuelto nuestros abuelos, sin mas que profesar la ley del Decálogo con sinceridad y por entero; no sin convicción ó á medias, como en estos tiempos en que tan solo abren sus páginas los Códigos, á las meras prohibiciones de no robar, ni matar, algun tanto tambien contradichas ya y disputadas.

Si en los últimos siglos, que no siempre, faltóles algo esencial á las mas de las naciones cristianas, fué, en verdad, la libertad política; la cual, sin duda alguna, es indispensable, para limitar los imperfectos poderes humanos, y evitar sus abusos y excesos, así como para mantener á cada hombre en legitima posesion de cuanto en la vida le corresponde, y hacer mas respetables y de mas fácil ejercicio sus derechos naturales. Pero destruir lo heredado por sistema, fué pecar, como á primera vista se conoce, contra la naturaleza; y bien merecen las modernas naciones liberales, en especial la francesa, la lección que le diera el inglés Burke en aquellas memorables palabras: « Sabed que si nuestras libertades están templadas » por un cierto linaje de gravedad respetuosa, no es » por otro motivo, sino porque siempre hemos obrado » como si estuvieran delante nuestros honrados pa- » dres. » (1) Pia y útil á un tiempo fuera la imitación de tal ejemplo por todas partes; no aspirándose á otro fin en ninguna que á mejora, por medio de la libertad, la autoridad. Las revoluciones, aunque violentas y dolorosas de todos modos, habrían sido en tal caso fecundas, rompiendo únicamente de los viejos muros aquella porcion indispensable para que entrara mas aire y mas luz en el vetusto y venerable edificio social. Donde así han pasado las cosas, ni la demagogia, ni el comunismo, se han ostentado hasta aqui vencedores; ni vencerán nunca, á menos que eso que se llama *continentalismo* en Inglaterra, es decir, la imprevisora y estéril movilidad del espíritu latino, se enseñoreen, al fin, de aquel gran pueblo; ó á menos que, estimulados por sus filósofos naturalistas, grandes admiradores todavia del espíritu que desde 1789 informa al pueblo francés, (2) consientan los alemanes de ahora en recibir lecciones de quienes no tan solo están ya vencidos, sino arrepentidos de lo que saben.

Y ahora bien, señores: si las antiguas creencias, y los antiguos principios de moral, que la experiencia daba por indispensables en las naciones limitadamente libres, que hasta aquí hemos conocido, donde ejercían el poder público clases cultas, bien halladas y por lo mismo ordinariamente serenas, ora aristocráticas, ora propietarias, ora poseedoras de cualquier interés intelectual, industrial ó agrícola en el Estado, ¿cómo han de faltar, sin riesgo, en estos pueblos modernos, que entrega á merced del proletariado cada día el constante ejercicio del sufragio universal? Toda institucion de mi patria, es, señores, muy respetable para mí en este sitio; y aunque otras veces la haya criticado ásperamente, no espereis ni temas que ahora critique la institucion de que hablo. Pero licito ha de serme decir que en filosofía y en sociología, el sufragio universal no representa mas que la fuerza; la fuerza, que puede estar muy bien de acuerdo con el derecho y la razon; pero que lo mismo que con el derecho y la razon, puede ponerse de acuerdo con la iniquidad y el error. Los ejércitos, que en otros siglos disponían exclusivamente de la suerte de los pueblos, son y serán siempre una fuerza mas inteligentemente organizada y mejor dirigida que el sufragio universal; y, sin embargo, ¡qué inútiles y odiosos estragos no causan los escuadrones y los batallones victoriosos!

X.

Harto sé yo, señores, lo que á todo esto se responde, no sin cierto aire de triunfo, hoy en día. Dicese que, sea como fuere, la antigua fe ha desaparecido ya, ó propende á desaparecer; y que la fe no es cosa tal, que se compre, ni se venda, ni que á la hora precisa en que se echa de menos, venga á las manos. Mucho de verdad hay en semejante objecion; mas no tanta que invalide mis argumentos. No debe de ser tan árido, como se dice, para los hombres del día, el creer en las cosas sobrenaturales, cuando asistimos á un verdadero é inesperado reverdecimiento de ritos masonicos y ciencias ocultas. Tambien tiene el masonismo sus misterios, y sus procesiones, y su gerarquía, y cuanto han solido mas censurar los escépticos en la Iglesia católica; y el espiritualismo posee igualmente su mundo invisible y sus apariciones de muertos:

(1) Barke: *Réflexions sur la Révolution de France*. — Paris, 1823, pág. 59.

(2) Büchner: *Conférences sur la Théorie Darwinienne*. — Leipzig. — Paris, 1869, pág. 263.

cosas que, leídas en las vidas de santos, han dado tanto que reír á los libres pensadores del siglo pasado y presente. Y, sin embargo, el masonismo y el espiritismo encuentran hoy creyentes, y hasta creyentes sinceros y bien intencionados. Temen sobremanera los espiritistas irritar á los espíritus que, envueltos en su *perispíritu* cada cual, ó sea en la sustancia intermedia vaporosa y fluida, que al parecer les sirve para andar por el mundo, acuden solícitos al llamamiento de un *medium* cualquiera; (1) y donde se ve eso aun, señores, ¿preténdese que el santo temor de Dios es, y siempre ha de ser impotente? ¿Pueden sinceramente sostener, por otra parte, que ni la justicia de Dios, ni las penas eternas, bastan á contener ni poco ni mucho la disolucion moral de las naciones, los que, á la vista de la mas ilustrada y numerosa de las poblaciones humanas, poco hace han pretendido que todo un ejército copioso y valiente retroceda espantado ante los ritos masonicos, y ante las iras del *hermano terrible*? ¿Cuánta y cuánta no ha de ser la necesidad de lo sobrenatural y hasta de lo puramente maravilloso en el hombre, para que busque lo uno y lo otro por tan extraviados é inseguros caminos!

La verdad, señores, es, que la religion es cosa tan propia del hombre, y tan indispensable, que hasta dejarla el camino expedito, para que de nuevo brote y crezca, y se extienda rápidamente, por donde quiera que sus ramas estén marchitas, ya que del todo secas en ninguna parte se vean todavia. Lejos de eso hay mas, mucha mas fe religiosa por el mundo, que los escépticos piensan. Lo que falta es que se la ampare y proteja, en vez de contrariarla ó perseguirla, cual acontece al presente.

Nada pido, sin embargo, á los gobiernos, presas, por desgracia, de una especie de mania suicida; porque no es este oportuno lugar para ello. Diríjome únicamente aquí, á los publicistas y oradores, que suelen tomar ahora á su cargo la enseñanza de la moral, de la economia política y de la política misma; y no ciertamente para exigirles que tengan fe, pues es pretension esa que á otros toca con mejores títulos, sino con mas modestos intentos. Lo que yo querria que esos voluntarios maestros de las inexpertas, indoctas ó impresionables muchedumbres, abandonasen su temerario empeño de perseguir la idea de Dios, si no es, por ventura, su propósito ir entregando á los horrores del comunismo, y á las violencias de un nuevo estado salvaje, la civilizacion moderna. Lo que en resumen solicito es, que no se valgan ellos de su imperfecto, aunque extenso y profundo saber, para deslumbrar á las muchedumbres ignorantes, quitándolas lo que dar no pueden, cual se cuenta que al magno Alejandro dijo Diógenes, á propósito de los rayos del sol. Otra cosa anhele, mas no pido, y es, que ya que de sus entendimientos la fe está ausente, ya que reputan la idea de Dios, mera hipótesis del saber primitivo, arraigada en las conciencias por el trascurso del tiempo, comparen por lo menos imparcialmente los frutos de esa vieja y fecundísima hipótesis, con los que su propia hipótesis está dando hoy por todo el mundo; que con que eso hicieran, cierto estoy de que serian de aquí adelante mucho mas útiles sus lecciones al bien individual y al bien comun. Los teólogos y los apologistas sagrados, ni deben, ni pueden, acaso tratar el problema religioso como voy á plantearlo yo ahora; pero para mí, que tengo ofrecido ya no salirme de los límites de la sociología, de la economia política, y de la política propiamente dicha, ningún inconveniente hay en ello.

Supongamos, señores, que de escoger entre dos hipótesis se trate, y no mas. Tendremos siempre de una parte un Dios creador y providente, afirmado por la tradicion de todos los pueblos, tan pronto por lo menos, como en ellos ha logrado el hombre clara conciencia de sí; y, por obra suya, un alma inmortal, inteligente, libre, que, como libre, es responsable, y que aun siendo imperfecta, y, viviendo entre cosas imperfectísimas, es capaz de ascender á la perfeccion por su propio esfuerzo, mediante la virtud, mediante la resignacion, mediante el trabajo. De la otra parte se nos dice, en resumen, que siendo para quimera lo divino, todo eso que se llama sentido moral, y justicia, y bien, y libertad, es obra exclusiva del hombre, que es, no obstante, hijo de mariscos ó monos, nieto de helechos y pepinos, biznieto de los granitos ó del detritus mineral y vegetal, que constituye la tierra ordinaria; descendiente, en fin, por linea recta, de aquella gran nebulosa, que, al decir de los astrónomos, se extendió un día hasta mucho mas allá de los espacios que ocupan los planetas mas remotos; la cual, nebulosa, dotada por sí misma de cierto movimiento de rotacion, al principio lentísimo y acelerado mas tarde, acabó por constituir los innumerables pedazos del sistema solar en que figura nuestro planeta, y fué luego en este progresivamente formando así lo orgánico como lo inorgánico, tanto lo irracional como lo racional, y cuanto los sentidos perciben, y todo lo que el entendimiento analiza, y conoce, y eleva á ciencia. El hombre, final producto de aquella metamorfosis incesante, que no sabemos bien hasta qué punto alterará nuestro sér todavia, no deja de ser inmortal, sin duda, en tal hipótesis, pero con un cierto linaje de inmortalidad, que sufre que la conciencia personal se borre en la muerte, porque á nadie ha de

(1) Tissandier. — *Des sciences occultes et du spiritisme*. — Paris, 1866.

faltarle la dicha de continuar existiendo en el seno de la muda naturaleza y en figura de átomos indestructibles. (1) « Los muertos están con nosotros, » exclamaba á tal propósito Schopenhauer, en son alegre; y, con efecto, visto de esa suerte, todo hombre parece un sepulcro blanqueado, incapaz de contener otra vida que la de los gusanos que en él hallan alimento. El *determinismo*, por dentro, y el *fatalismo*, propiamente dicho, por fuera, es á saber: las leyes naturales, constantes y eternas, rigiendo interiormente la voluntad humana con absoluto imperio, y oponiendo invencibles obstáculos externos á que realice actos independientes, hacen ciertamente inútil la conciencia del hombre, mas suprimen lo bueno y lo malo de sus acciones. Porque la moralidad supone la responsabilidad necesariamente, del mismo modo que la responsabilidad, la libertad; y sin moralidad, sin responsabilidad, sin libertad, con una conciencia personal ceñida á reflejar la naturaleza, ni mas ni menos que las aguas claras, sóbrale razon, repito, á Schopenhauer: cada hombre es un breve cementerio ambulante, con su putrefaccion inevitable, con sus irremediables y desoladoras tristezas. ¡Ah! señores: ¿no es verdad que de esta á la primera hipótesis, hay desventajas muy grandes? ¿No es cierto que la hipótesis postrera repugna á lo mas noble y mas bello y mas dulce que hay en toda vida de hombre y en toda vida social ó colectiva? ¿No reparais que lo primero que muere es la libertad en la hipótesis atea, ya sea materialista, ya positivista, ya panteista; y que el determinismo que del movimiento sin principio de la nebulosa deduce, sin Dios el universo entero, no tan solo suprime la libertad en el Criador, sino en la criatura, y tiene que negar por fuerza la voluntad y el libre albedrío?

(Se continuará).

Las inundaciones.

A la hora en que escribimos, el desastre llega á su término. El 21 comenzó á bajar el Sena y sigue bajando, tanto que ya los vaporillos navegan. Sin embargo, á poco mas que hubiera crecido, el año 1872 habria figurado entre los ocho ó diez años nefastos que se cuentan en los anales de este rio.

De todas las inundaciones, la mas terrible fué la de 1658, cuando el Sena marcó 8 metros 80 centímetros en el puente de la Tournelle. El puente María fué arrastrado con las casas que le cubrian, y la mayor parte de sus habitantes se ahogaron.

A Dios gracias, en el día no serian posibles tales inundaciones; pero de todos modos, la de 1872 ha tenido un instante proporciones muy temibles.

Paris ha estado bloqueado por las aguas, digámoslo así, y el rio crecia incesantemente. De hora en hora, en tanto que la lluvia caía sin interrupcion, se veian disminuir en tamaño los ojos de los puentes de piedra, y contra los estribos mugia con furor la rápida corriente. Como las cuevas de la casa de la Moneda y las de la imprenta del *Moniteur*, las del Museo de historia natural estaban inundadas hasta los hoyos de los osos, que, salvo el oso blanco, no parecian celebrar aquella invasion inesperada. Del cafe-concierto del *Vert-Galant*, en el terraplen del Puente Nuevo, no se veia mas que la techumbre. En el puente de los Santos Padres el agua cortaba por la mitad la segunda hilera de los anillos del armaron metálico del puente, y los guerreros del puente del Alma tenian agua hasta medio cuerpo.

Las afueras de Paris estaban inundadas casi por todas partes, y este espectáculo, muy raro afortunadamente, atraía un crecido número de curiosos.

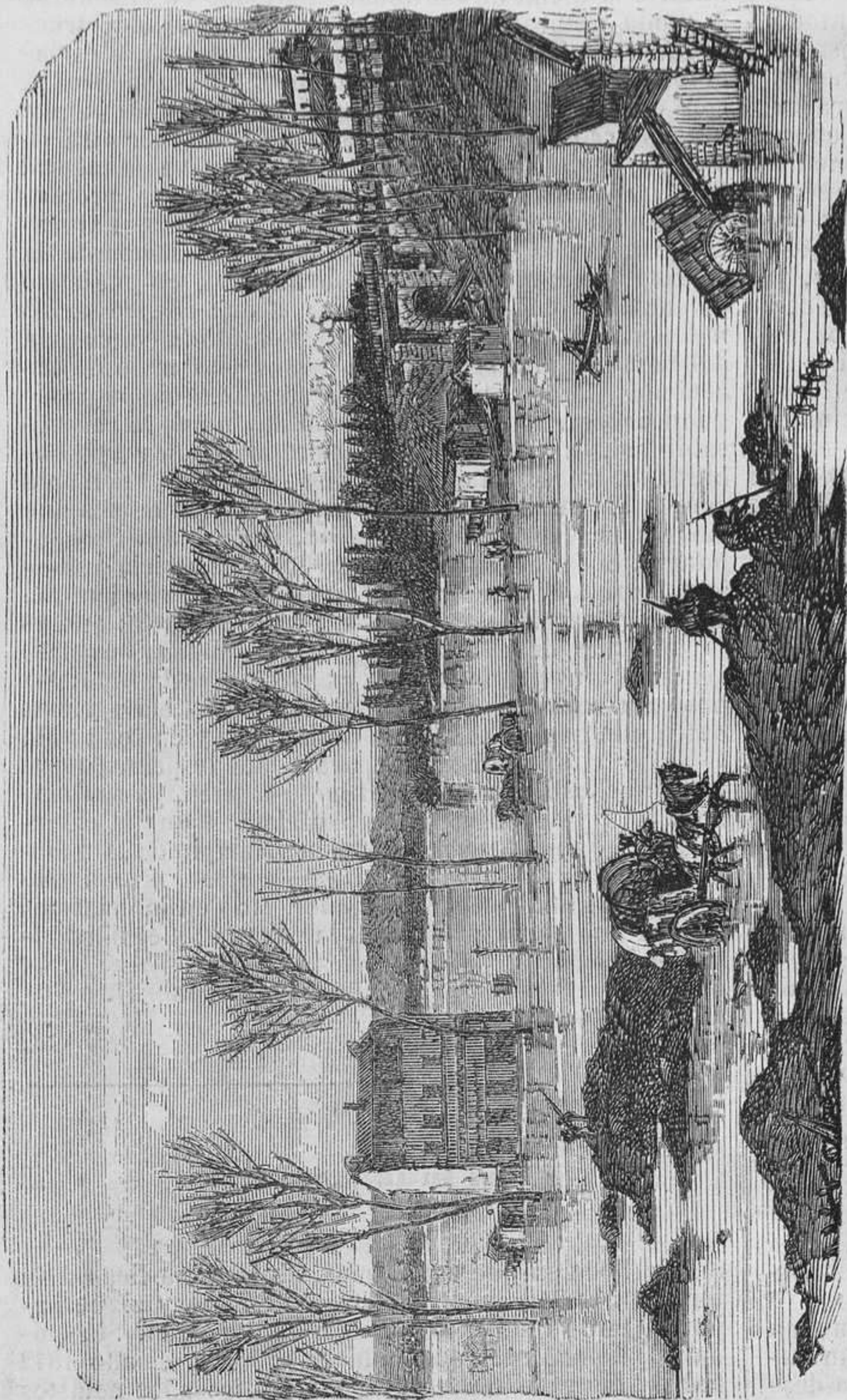
Todo Bercy estaba invadido, y los omnibus habian cesado de transitar por las calles: los habitantes comunicaban por medio de barcas. Fuera de las fortificaciones el agua llegaba á la calzada del ferro-carril de Lyon. Pero los visitantes que querian darse cuenta exacta de la inundacion, debian pasar de Charenton, donde aparecia en todo su horror el siniestro: casas y huertas sumergidas, fábricas abandonadas, y de trecho en trecho, como una suprema ironía, grandes letreros por este estilo: *Terrenos de venta al abrigo de las inundaciones*.

Mas allá de Maisons, el rio se ensanchaba aun mas, pero estaba en praderas y no podia causar grandes perjuicios. Solo algunos graneros fueron arrastrados por las aguas. Dicese que en uno de ellos se habian refugiado una porcion de animales dañinos, ratas, ratones, y otros roedores que hacian entre sí muy mala compañía.

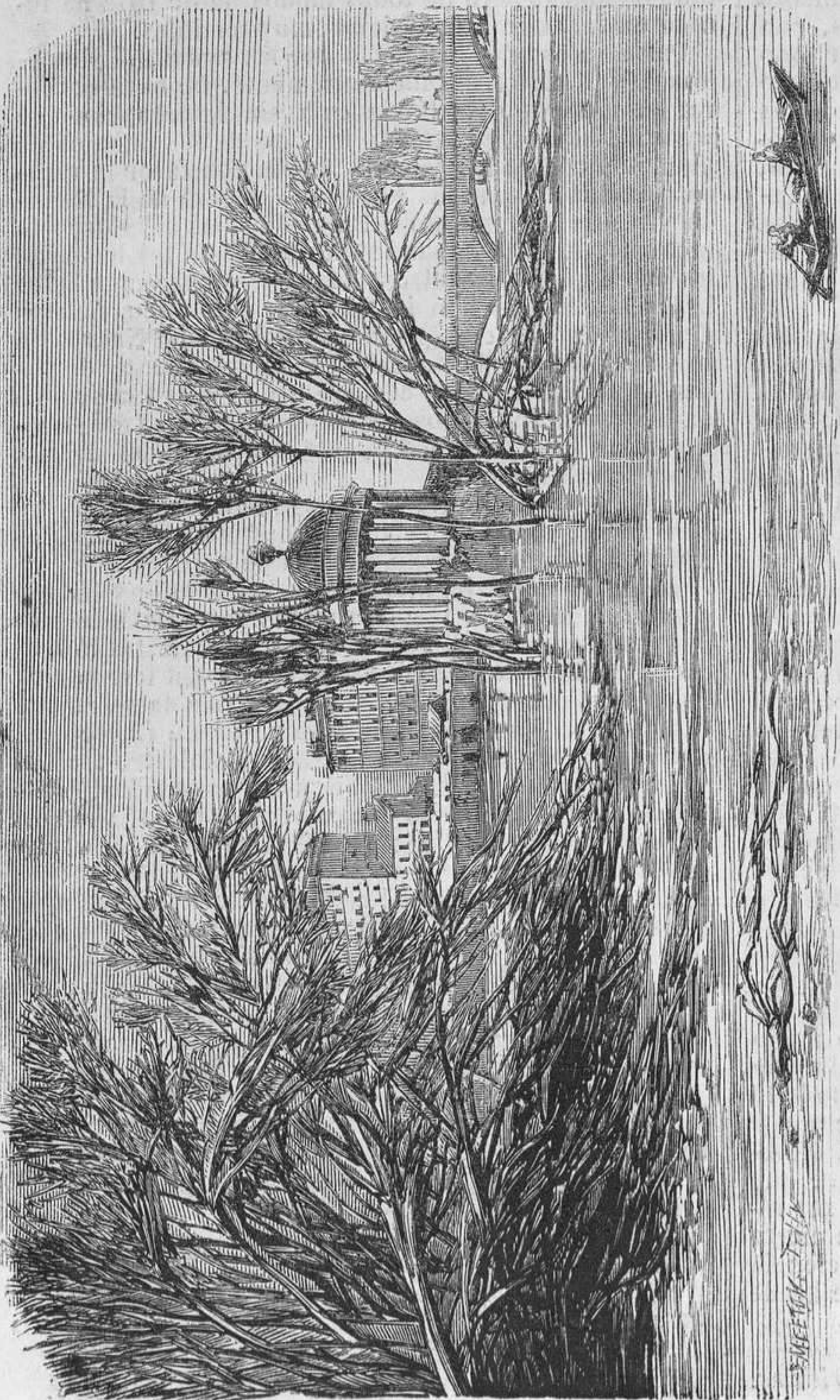
Era una riña incesante, en la que sucumbian los mas débiles. El granero acabó por hundirse, y las aguas se llevaron á vencedores y vencidos.

En la orilla izquierda el Sena habia entrado en Choisy-le-Roi, cubria todos los llanos de Vitry, Port-à-l'Anglais, y el ferro-carril de Orleans tenia agua en toda esa parte de su trayecto. El llano de Billancourt y el de Rueil estaban tambien inundados, así como una porcion del hipódromo de Longchamps y la ave-

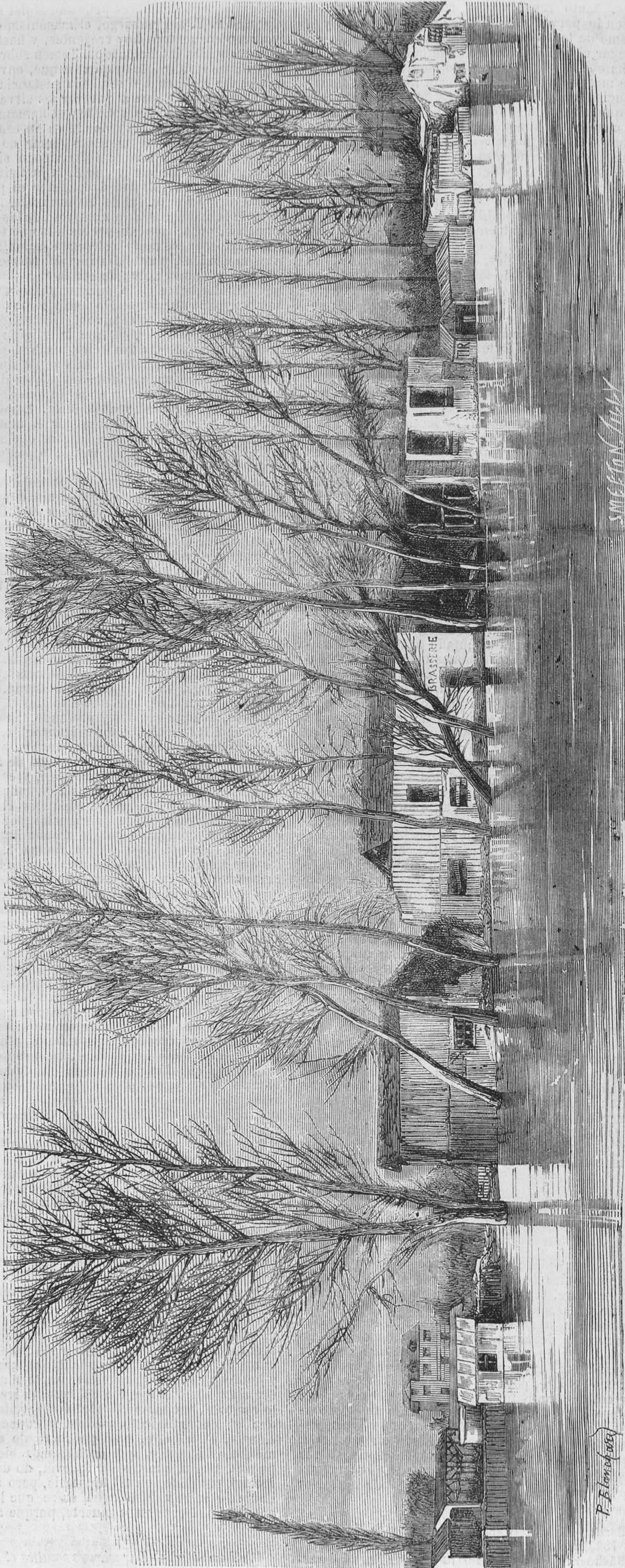
(1) *L'homme selon la science*, pág. 391 y 393.



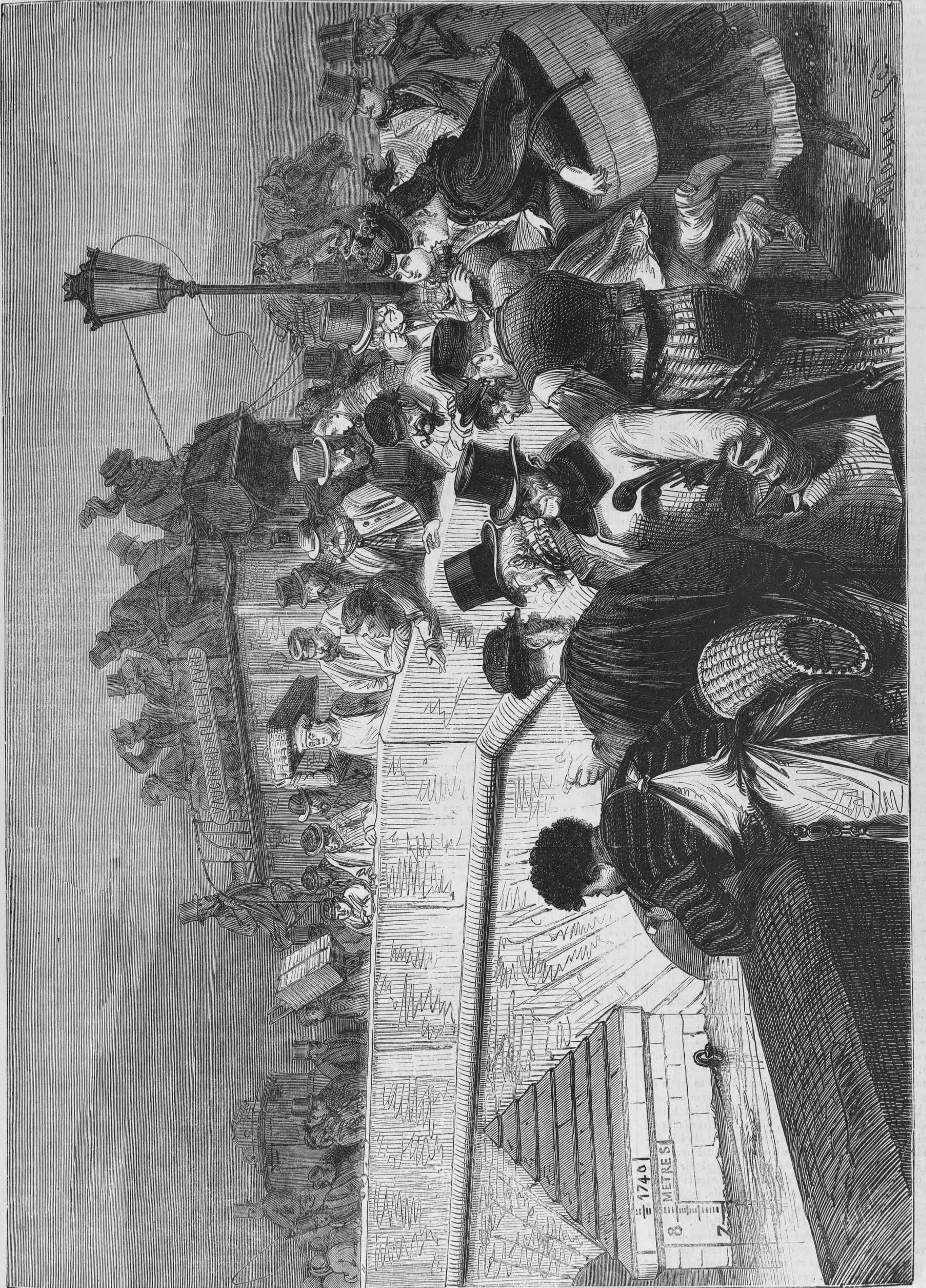
La llanura de Rueil.



Aspecto de las islas de Neuilly.



Isla de Bougival.



LA CRECIDA DEL SENA. — Los curiosos observando la crecida del agua en la escalera del Puente Real.

nida de las Tribunas, la isla de Bougival y las islas de Neuilly.

Las crecidas del Sena, dice M. Belgrand, se deben sobre todo á las crecidas parciales de sus afluentes. Lentas para llegar y para cesar, si el terreno es permeable, son, en el caso contrario, rápidas y violentas, pero pasan pronto. Por el conocimiento del régimen de todas esas corrientes se puede, pues, anunciar con algunos días de anticipación, la crecida del Sena.

Este régimen se conoce por observaciones muy antiguas, pues si se toman las tres mayores crecidas del Sena, se ve que la del 27 de febrero de 1658 se compuso de dos crecidas de los afluentes, la primera producida por el deshielo de las nieves, y la segunda por las lluvias. Cinco crecidas de los afluentes provocaron la del 26 de diciembre de 1740, crecidas debidas todas á la lluvia, menos la primera, que fué por las nieves. Por último, quince crecidas de afluentes, por causa de lluvias, produjeron las del 3 de enero de 1802.

La crecida de diciembre que acabamos de ver, se parece mucho á esta última, pues ha sido causada por las crecidas sucesivas de un número igual de afluentes aumentados por la lluvia. C.

Revista de Paris.

Han pasado los primeros días del año 1873, y Paris ha vuelto á recobrar su vida de costumbre. Al bullicio ha sucedido la calma, y en este nuevo estado de quietud se piensa otra vez en las agitaciones que tanto han turbado los ánimos en los últimos meses. Con efecto, echando una ojeada á los sucesos de 1872, se saca en conclusion que si la obra de reorganización del país ha adelantado en muchos puntos, en otros permanece estancada, si es que la situación no se ha complicado mas todavía. Hace un año que el gobierno y la mayoría de la Asamblea nacional marchaban de acuerdo, en tanto que ahora todo se vuelven disensiones, que han producido ya muchas crisis y amenazan con otras incesantemente.

Nada mas sencillo. M. Thiers, estudiando la opinion del país, que se ha manifestado en las diferentes elecciones parciales hechas en el transcurso del año, se inclina á pensar que la Francia pide la consolidación de la República; y la mayoría conservadora se niega á tal consolidación, porque no quiere renunciar á sus esperanzas monárquicas.

El Mensaje, haciéndose eco de estas aspiraciones, es la chispa eléctrica que produce la explosión; pero el gobierno gana la batalla, y parece triunfante la causa de la República.

Sin embargo, se nombra una comisión llamada de los Treinta para proponer á la Cámara reformas constitucionales, y los monárquicos, que se dan el nombre de conservadores, logran introducirse en ella en mayoría de veinte contra diez.

Esta comisión nombra dos sub-comisiones encargadas de dar dictámen, la primera sobre la responsabilidad ministerial y las relaciones entre los poderes públicos, y la segunda sobre los diferentes proyectos de reformas constitucionales emanados de los grupos parlamentarios que transigen con la República, y en esto llegan las vacaciones de año nuevo.

Tal es la situación: por una parte el gobierno pidiendo la consolidación de lo que existe, y por otra la mayoría de la Cámara negándose á todo lo que pueda contribuir ó alcanzar semejante resultado.

Cierto es que se habla de transacción, y se dice que en las diferentes entrevistas de las comisiones con M. Thiers, ha reinado un excelente espíritu; pero esto no satisface ni puede satisfacer á los que piensan que la diferencia es demasiado profunda para que se encuentre un medio término aceptable; y así es que se esperan nuevas batallas, nuevas agitaciones como las que hemos tenido el año último.

Semejante perspectiva es tristísima. Paris se queja de tal estado de cosas, y pide con urgencia un pronto remedio. El comercio, que esperaba grandes beneficios á fines de año, hace ahora sus cálculos, y viendo defraudadas en grandísima parte sus esperanzas, lo atribuye todo á la incertidumbre del presente y á la inseguridad del porvenir. Este clamor, sordo en el día de ayer, se hará oír luego mas claro, y preciso será que aquellos á quienes la nación tiene confiado su destino apliquen el remedio.

¿Veremos esta obra de reconstrucción política en 1873? Esta es la pregunta que todo el mundo se dirige.

Pero dejando cuanto antes las cosas políticas que nos aparecen á principios de año con un colorido tan poco lisonjero, nos ocuparemos en resumir algunos datos acerca del año transcurrido, que seguramente interesarán á nuestros lectores.

Por hoy nos limitaremos á los teatros,

Los teatros de Paris han dado en 1872 una prueba de vitalidad verdaderamente inusitada. Segun la estadística que publica el periódico *la Liberté*, se han estrenado en el año transcurrido doscientas cincuenta piezas nuevas en treinta y nueve escenas de diferentes categorías.

En 1869 no hubo mas que doscientas diez y siete piezas nuevas, por manera que resultan cuarenta y dos mas á favor de 1872, diferencia muy digna de notarse, porque se refiere al año 1869, en que Paris se hallaba en todo su apogeo.

Desgraciadamente, la calidad no corresponde á la cantidad, si es posible expresarse así tratándose de cosas literarias: en este prodigioso número de nuevas producciones son muy pocas las que han merecido un aplauso sin reserva.

En el Teatro Francés se han estrenado seis, sin que ninguna de ellas se halle completamente en este caso.

En el Odeon aparecen otras seis, y si se exceptúa *la Salamandra*, drama en cuatro actos, de M. Eduardo Plouvier, todas las demás han obtenido muy poco éxito.

Mas afortunado el Gimnasio ha dado la *Princesa Jorge*, comedia en cinco actos de Alejandro Dumas, y la *Condesa de Somerville*, que se han sostenido largo tiempo en los carteles.

Total de piezas nuevas en el Gimnasio, 15.

El teatro de Variedades presenta tambien un largo catálogo de novedades: la *Vuelta de la Esfera (Le Tour du Cadran)*, de que hablamos á su tiempo en estas revistas, sobresale con un gran número de representaciones.

Total de piezas nuevas en este teatro, 14.

En el Palacio Real, de las once producciones estrenadas; solo el *Reveillon*, en tres actos, ha prolongado bastante su existencia para que pueda figurar en estos apuntes de las novedades importantes, relativamente al éxito que han alcanzado.

El Vaudeville no tiene mas de cuatro; pero una de ellas es notable entre todas las que se han dado en 1872 en los diferentes teatros: *Rabagas*, de Victoriano Sardou, que se ha ejecutado seguidamente mas de doscientas noches.

Al mismo tiempo el afortunado autor tenia en la Gaité el *Roi Carotte*, única novedad de este teatro, que consiguió tambien un crecido número de representaciones.

Diez obras nuevas ha dado á conocer el Ambigu, figurando entre ellas el *Portero del número 15*, drama en cinco actos, y el *Centenario*, otro drama en cinco actos y uno de los mejores que se han escrito en este género.

Por último, en el Chatelet no ha habido mas que *Daniel Manin*, drama histórico en cinco actos que ha tenido una pobre existencia y muy poco larga.

Nada diremos de los teatros de infimo orden, como el del Chateau-d'eau, Dejaset, Folies Dramatiques, Menus-Plaisirs, Folies Marigny, Cluny, Novedades, Beaumarchais, Jeunes Artistes, etc., etc., que son los que figuran en la estadística con mayor número de obras nuevas, porque semejante producción interesa muy poco á la literatura y al arte.

En suma, segun vemos en los apuntes que preceden, las obras de algun valor son excesivamente raras.

En esta estadística habria debido figurar una pieza escrita por un célebre publicista que ha hecho tambien sus ensayos teatrales. Nos referimos á M. Emilio de Girardin, que lo mismo en el teatro que en la prensa, tiene y ha tenido siempre el privilegio de despertar en alto grado la atención pública, porque independientemente de su talento de escritor, sabe agitar con grande oportunidad las cuestiones palpitantes.

Ahora bien, el lector de estas revistas recuerda quizá que, con motivo de un crimen de adulterio que hizo mucho ruido en Paris, Alejandro Dumas echó á volar un opúsculo exponiendo sus teorías sobre el caso. Otros autores contestaron, entre ellos M. Emilio de Girardin quien, no contento con la réplica epistolar, se propuso dar forma á su idea en una acción dramática.

No era una obra escrita al intento, pero se aplicaba á la situación maravillosamente.

Los diarios anunciaron pues, la próxima representación de los *Tres Amantes*, por Emilio de Girardin y el mundo literario la esperaba con impaciencia, cuando hé aquí que el autor en vez del drama, nos ofrece una carta de explicaciones en los diarios.

M. de Girardin principia por contarnos la historia de su obra, diciendo que cuando se ocurre á su mente un argumento de comedia, toma la pluma y escribe, por dar forma á su pensamiento, no por hacerse representar, pues el sentimiento de su inexperiencia le impide acudir á los empresarios con sus producciones.

Además, la representación le infunde cierto temor, en razón á que sabe que los aplausos del público no se obtienen sin ciertas concesiones, todas de convención, porque la verdad teatral varía segun el barrio y el teatro.

¿Por qué lo que se aplaude en Variedades y en el Palacio Real se silbaria sin misericordia en el teatro Francés y en el Gimnasio?

— Misterios del espíritu humano, ó de la inconsecuencia humana, dice M. Emilio de Girardin.

Y citando un ejemplo de los *Tres Amantes*, manifiesta

que en esta obra se encuentra un tipo de cortesana que, seguramente ninguna actriz del teatro Francés habria querido desempeñar á menos que le hubiese despojado de su verdad de carácter y de su crudeza de lenguaje.

Y la actriz que conoce su público habria tenido razon para exigir tales modificaciones.

En el Gimnasio es otra cosa; pero aquí hay un inconveniente, añade el autor con fina ironía: es un teatro que vive constantemente esperando las obras de Victoriano Sardou y de Alejandro Dumas.

Yacian pues, en el mas profundo olvido los *Tres Amantes*, cuando el asesinato por causa de adulterio y los opúsculos de Dumas y compañía sobre si se debe ó no matar á la mujer culpable, llamaron la atención del director del Vaudeville sobre este drama, que venia á ser de circunstancias.

Inmediatamente se leyó, se aprobó con entusiasmo y se repartieron los papeles; pero faltaba una actriz que hiciera de cortesana y un actor que personificara al marido infiel y celoso que intenta resolver con el revolver las cuestiones matrimoniales.

M. de Girardin retiró su pieza y la dió á la estampa; sin embargo, debemos decir que su lectura no ha correspondido, ni mucho menos, á lo que se esperaba en la representación: la pieza de los *Tres Amantes* ha pasado completamente desapercibida.

Esta digresión no debe hacernos olvidar que no hemos concluido con nuestra estadística teatral del año pasado, pues nos faltan los teatros líricos.

No hay para qué decir que el teatro de la Grande Opera figura en este cuadro de las novedades de 1872, por su ausencia. Es cosa mas que sabida. ¡Y esta empresa recibe una subvención colosal, como no la tiene ningun otro teatro del mundo!

En la Opera Cómica se han puesto en escena cuatro óperas nuevas, de las cuales dos, *Fantasio*, en tres actos, de M. Offenbach, y *Don César de Bazan*, tres actos, de M. Massenet, han sido bastante bien recibidas por el público.

En el Ateneo, cuatro tambien, todas con éxito mediano, sin incluir en este número *la Sylvana* de Weber, que es, en resumen, la única obra importante.

Finalmente, en los Italianos, si no ha habido novedad en las óperas, ha existido en los cantantes. La empresa del señor Verger nos ha dado á conocer la Albani, cuyo talento se afirma mas y mas cada noche; el tenor Ugolini, cantante de fuerza muy propio para la música de Verdi, y el tenor Capoul, que ha probado sus facultades en el repertorio italiano y ha tenido la buena inspiración de retirarse á tiempo, despues de haber cantado varias óperas del género ligero.

Sin embargo, no olvidemos la série de representaciones de *las dos Reinas de Francia*, obra en verso de M. Legouvé, con algunas piezas escritas por Gounod, tentativa que no ha debido ser fructuosa para la empresa.

En este teatro no hay puesto para ningun autor que no se llame Rossini, Bellini, Donizetti ó Verdi.

A propósito de Bellini, y ya que hemos concluido la estadística teatral de 1872, vamos á finalizar con la traducción de una carta del incomparable compositor, que ha insertado estos últimos días un periódico teatral de Milan. Es interesante, y seguramente sorprenderá á nuestros lectores, pues se trata en ella del éxito que obtuvo en su estreno una de las partituras mas admiradas, que se ejecuta constantemente desde hace muchos años en las principales escenas líricas del mundo.

Dice así textualmente:

« Te escribo abrumado bajo el peso de mi dolor, dolor profundo que no puedo expresar, pero que tu amistad adivinará fácilmente. Salgo del teatro de la Scala despues de la primera representación de la *Norma*. ¿Puedes creerlo? ¡Fiasco, fiasco, fiasco absoluto! Me atrevo á decirte que el público ha sido bien severo. Parece que no habia venido al teatro mas que para acusarme y condenarme sin piedad, y ha hecho sufrir á *Norma* la suerte de la druida antigua. No he encontrado en el teatro á mis queridos y buenos milaneses, que acogieron con entusiasmo, la alegría pintada en el rostro y la llama en el corazón, *il Pirata*, la *Straniera*, y la *Sonnambula*; y sin embargo, yo creí ofrecerles en la *Norma* una digna hermana de aquellas obras anteriores. Desgraciadamente, han pensado lo contrario.

» Sin duda me he engañado, he dado un paso atrás, me han deslumbrado presagios seductores, y mis esperanzas eran vanas. Y no obstante, á pesar de todo, á tí solo te lo digo, y con el corazón en los labios: la introducción, la cavatina de *Norma*, el duo de las mujeres y el terceto siguiente; el final del acto primero, el segundo duo de mujeres y el final entero del acto segundo, que comienza con el canto de guerra, todas esas piezas me han salido bien, y me agradan tanto, que, dejando aparte la modestia, me consideraria feliz componiendo otras iguales en toda mi carrera artística. Pero ya basta. El público, al fin y al cabo, es el juez supremo de las obras dramáticas. Lo único que me queda es el derecho de apelar de un juicio precipitado, y es lo que pienso hacer. »

Con efecto, Bellini apeló del juicio de los milaneses, y la *Norma* se representa todavía.

Es, poco mas ó menos, la historia del *Barbero de Sevilla*, estrenado en Roma; dos obras verdaderamente inmortales.

MARIANO URRABIETA.

LA DAMA DE LYON

ó

ORGULLO Y AMOR,

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR LORD LYTTON.

(Continuacion. — Véase el número 1,043).

BEAUSEANT.

Necesito toda vuestra indulgencia... tenedme lástima.

GLAVIS.

¿A vos? ¿El mas rico y el mas alegre de los jóvenes de Lyon?

BEAUSEANT.

Sí, sí, ¿conocéis á Paulina?...

GLAVIS.

Ciertamente.

BEAUSEANT.

¿La hija única del opulento comerciante Deschappelles?

GLAVIS.

¿Pero quién no la conoce? Bella como Venus, y orgullosa como Juno.

BEAUSEANT.

Tanto, que tiene la osadía de negarse á ser mi esposa.

GLAVIS (aparte).

El tambien se casa..... esto me consuela. (Alto). ¿Qué decis? ¿Y por qué?

BEAUSEANT.

Sin duda, porque gracias á la revolucion ya no soy marqués, y quizá si lo fuera no seria bastante, pues esa hija de plebeyos aspira á un príncipe inglés, alemán ó italiano. Sí, me ha rechazado con desprecio y me vengaré...

GLAVIS.

Consolaos, amigo mio, sabed que yo he tenido la misma suerte y por la misma razon.

BEAUSEANT.

Vos... es muy diferente... Pero, dadme la mano, Glavis y busquemos juntos el modo de humillar á esa muchacha altanera. Por cierto que me alegraría verla casada con algun volatinero.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, EL POSADERO Y SU HIJA.

POSADERO.

Ciudadanos, estoy á vuestras órdenes... podemos ofreceros un bocado antes de que el ciudadano Beauseant llegue á su casa. Aquí está la lista.

BEAUSEANT.

No tengo gana.

GLAVIS.

Ni yo; sin embargo, no es bueno viajar con el estómago vacío... veamos lo que hay. (Examina la lista, y entre tanto se oyen aclamaciones de ¡Viva el príncipe! entre bastidores).

BEAUSEANT.

¿El príncipe!... ¡Pues yo creía que ya no habia príncipes en Francia!

POSADERO.

¡Ah! Nuestros aldeanos llaman príncipe al que ha

ganado el premio del tiro y le llevan á su casa en triunfo.

BEAUSEANT.

¿Y quién es?

POSADERO.

¿Quién ha de ser? El orgullo de la aldea, Claudio Melnotte. ¿Sin duda habeis oido hablar de Claudio Melnotte?

GLAVIS (devolviendo la lista).

Jamás he tenido ese honor. Sopa, liebre, pollo asado... ¿Y es todo lo que hay?

BEAUSEANT.

¿Es el hijo de Melnotte el jardinero?

POSADERO.

El mismo, un mancebo prodigioso.

BEAUSEANT.

¿Prodigioso? ¿Las coles de su huerta son extraordinarias?

POSADERO.

¡Oh! No es jardinero; su padre le ha dejado con qué vivir, y por consiguiente no se ocupa en nada.

BEAUSEANT.

Excitais mi curiosidad acerca de ese mozo.

POSADERO.

¿Quereis oír su historia?

BEAUSEANT.

Con mucho gusto.

POSADERO.

Su padre murió hace cuatro años dejándole una pequeña fortuna, y al instante observamos un gran cambio en el hijo del jardinero. Envió á buscar á Lyon un profesor de griego y de latin, luego un profesor de música, luego un maestro de baile y otro de armas. Hablaba de ir á Paris á estudiar pintura; quisieron burlarse de él; pero Claudio es valiente como un leon, y como maneja el palo tan bien como la espada, pronto cesaron las burlas. Hoy todos los mozos se envanece con su amistad y las muchachas le prodigan sus sonrisas.

GLAVIS.

El gallito de la aldea.

BEAUSEANT.

Pero ¿por qué le llaman príncipe?

GLAVIS.

Porque es el mas guapo y fuerte de todos los jóvenes, porque tiene un aire altanero y está siempre bien vestido; en suma, porque parece un príncipe.

BEAUSEANT.

¡Y se hacen revoluciones á nombre de la igualdad!... Será muy fátuo.

POSADERO.

Como todos los enamorados.

BEAUSEANT.

¡Ah! ¿Está enamorado? ¿Y cuál es la princesa honrada con su amor?

POSADERO.

Es un secreto que no confía á todo el mundo, pero que su madre ha descubierto á mi mujer... Quiere á la Beldad de Lyon, á Paulina Deschappelles?

BEAUSEANT.

¡Ah! Perfectamente.

POSADERO.

Podeis reiros; pero es la pura verdad.

BEAUSEANT.

¿Y la Beldad de Lyon le corresponde?

POSADERO.

Jamás le ha visto.

BEAUSEANT (aparte á Glavis).

Nos vamos á vengar... Ya tenemos un príncipe para nuestra orgullosa. ¿Comprendeis?...

GLAVIS.

No.

BEAUSEANT.

Sin embargo, es fácil de comprender... Si pudiéramos trasformar al gallito de la aldea en príncipe extranjero, dándole dinero, carruajes, etc., quizá obtendria la mano de Paulina, en cuyo caso...

GLAVIS.

¡Magnífico! Pero ¿quién pagará los gastos de Su Alteza?

BEAUSEANT.

La venganza no saldrá cara, por algunos centenares de lises. Yo tengo un lacayo con todo el talento que se requiere para tal intriga... Lo primero es ver al príncipe para cerciorarnos de que puede representar el papel que le destinamos.

GLAVIS.

Muy bien; pero antes tomaremos un bocado.

BEAUSEANT.

No pensais mas que en eso, ya cenaremos á la vuelta. (Al posadero). ¿Está lejos la casa del prodigio?

POSADERO.

Tomad esa avenida á vuestra derecha, luego la otra á la izquierda y llegareis á la casa de la viuda Melnotte.

BEAUSEANT.

¡Ah! ¡Vive con su madre! (Aparte). No podemos confiar en la discrecion de una anciana... Enviemos á buscarle. Voy á escribirle; venid, Glavis.

GLAVIS.

Os sigo... Firmareis pues: « Beauseant, Glavis y compañía, fabricantes de príncipes al pormayor y al pormenor... » Noble comercio... Pero ¿no os reis?

BEAUSEANT.

No veis en esto mas que la comedia, en tanto que yo pienso únicamente en la venganza.

(Entran en la posada).

ESCENA X.

Interior de la choza de Claudio Melnotte. Jarros de flores: una guitarra y un album encima de una mesa; un retrato en un caballete cubierto con una cortina; un trofeo de floretes sobre la chimenea: la elegancia en una parte del mueblaje forma contraste con la sencillez de lo restante. Una escalera á la derecha que conduce al piso principal.

VIUDA MELNOTTE, despues CLAUDIO MELNOTTE.

(Entre bastidores se oyen aclamaciones: ¡Viva Claudio Melnotte! ¡Viva el príncipe!)

VIUDA MELNOTTE.

¡Ah! querido hijo mio, habrá ganado el premio, estoy segura, y querrá obsequiar á los que le acompañan.

CLAUDIO MELNOTTE (desde la puerta).

¿No quereis entrar, amigos míos? Muy bien; aquí teneis para que bebais á mi salud. Adios, á todos. (Se repiten las aclamaciones).

CLAUDIO MELNOTTE (con una carabina en la mano).

Madre mia, he ganado el premio, todas mis balas dieron en el blanco. ¿No es verdad, que es una magnífica carabina?

VIUDA MELNOTTE.

Sí. ¿Cuánto puede valer?

CLAUDIO MELNOTTE.

No tiene precio: es como la gloria del soldado.

VIUDA MELNOTTE.

Deja la gloria para los grandes del mundo. ¡Ah! Claudio, las ilusiones son muy malas. ¿Qué ganas aprendiendo latin, música, esgrima, baile y pintura? Todo eso es muy bonito, pero ¿qué vale?

CLAUDIO MELNOTTE.

Eso, madre mia, es la riqueza, la riqueza para la inteligencia y el corazon; nobles pensamientos, brillantes sueños, la esperanza de la gloria, la ambicion de ser mas digno de amar á Paulina.

(Se continuará).



Un habitante de Maisons Alfort entrando en su casa.



Pescadores de botellas de vino.



La avenida de las Tribunas de Longchamp, en el bosque de Boulogne.



Una oficina del muelle.



Pescadores dentro de su cuarto.



Una mudanza.



Los anillos del puente de los Santos Padres.



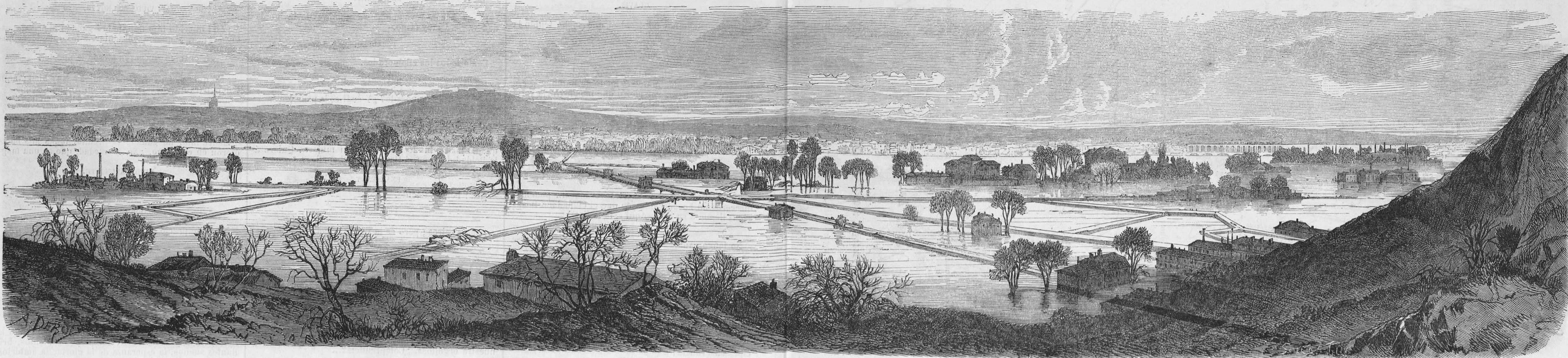
Sitiado por las aguas.



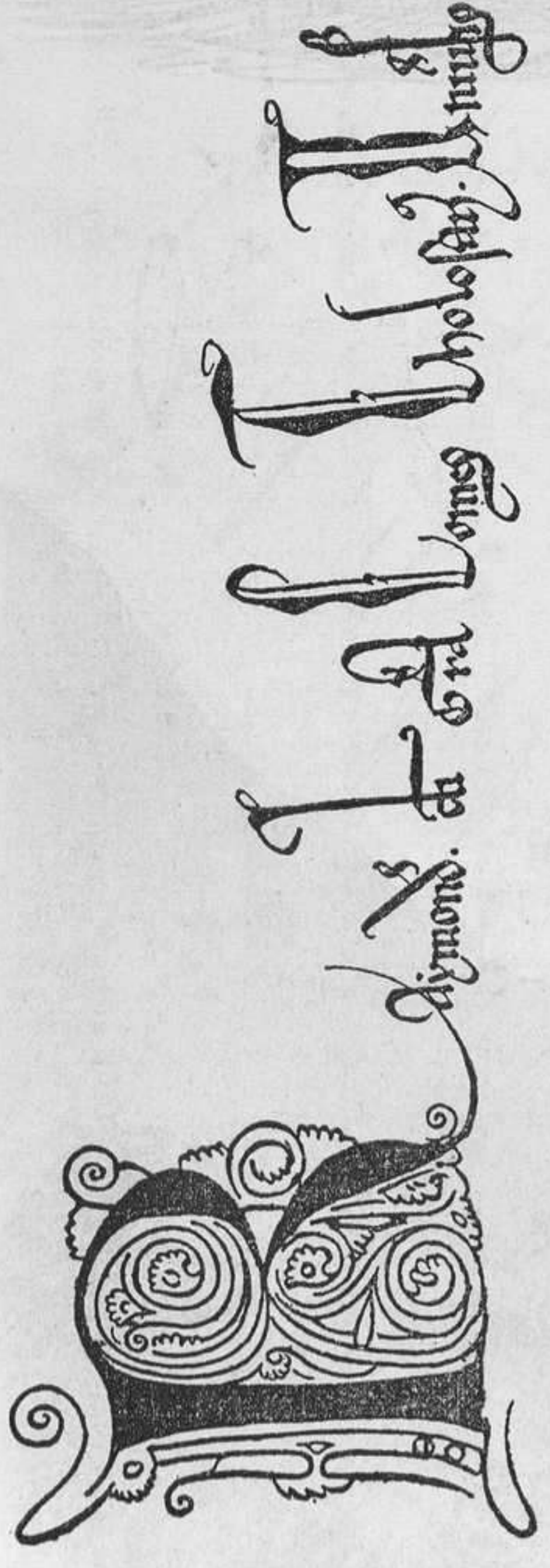
Una embarcación improvisada.



El tránsito por una calle de Bercy.



LA CRECIDA DEL SENA. — Aspecto de la llanura de Billancourt.



Primera línea del acta de cesión á la Francia de una parte del Languedoc, por Raimundo VI de Tolosa.

pour amener auy en doner. Des marques de punest amandit
L'un li Prince d'ne noiee m'n de pueu, ny amony des mes
nieres que doue ihy sans l'aunyr ou prealable amecti' avec luy.
en soy di qui li signi de present a l'ans li 2 esre. 1649

Le Car. Mazarin

Promesa del cardenal Mazarino de no tomar ninguna resolucioin sobre los asuntos de Estado, sin consultar al principe de Condé.

Je ne doute point que vuy ne soyez befaite
d'apprendre. la nouvelle de la prise de
La Rochelle. Et Dieu de Rochelle

Principio de una carta del cardenal Richelieu anunciando al duque de Olivares, primer ministro de España, la toma de La Rochela.

le crime fait la honte et non pas le hofaud
C'est demain a huit heures que l'on me juge, le 16 juillet

Ultimas palabras de la carta de despedida que escribió Carlota Corday á su padre.

Monseigneur
avec Delices 2 juillet 1762

on me conjure de prendre la liberté de vous
adresser ces pieces. et je l'ai pris. je vous
Supplie de excuser l'attendrissement qui me force
a vous importuner. je vous l'innocence des
calas démontres. et j'ose vous dire que plus d'une
nation vous benira si vous daignez protéger
une famille malheureuse et la plus vertueuse
mere réduite a l'état le plus horrible.

Jay l'honneur d'être avec le plus profond
respect
Monseigneur

votre tres humble tres obeissant
'et tres obligé' serviteur
Voltaire

Fac-simile de la carta que escribió Voltaire al conde de Saint-Florentin en favor de la familia Calas.

Le Mar de Vauban

Firma del mariscal Vauban.

DICHIHIDDDHDTTDS

Firma de Diana de Poitiers.

Je prie M^{rs} de Malherbes Touchet et de Seze, de recevoir ici tous mes remerciements et l'expression de ma sensibilité, pour tous les soins et les peines qu'ils se sont données pour moi.

Je finis en déclarant devant Dieu et par devant vous que je ne me reproche aucun des crimes qui sont avancés contre moi. Fait double à la tour du Temple le 25 Decembre 1792. *L. M.*

Fac-simile de las últimas líneas del testamento de Luis XVI.

Lambignon Malherbes Touchet de Seze

Firmas de Luis XVI y de sus defensores que se leon al pié de la defensa del rey.

LOUIS CHARLES CAPET

[Firma de Luis XVII que figura al pié de un interrogatorio que sufrió en la prision del Temple.

aux proors de labaye sans la liberant Phautre de Broyot - le second jour de la preparation a la paix Corday

Fragmento de una carta de Carlota Corday al diputado Barbaroux.

Wolend au' Pzlipoy

Firma de Madama Roland.

J'avovent pas que la convention soit dirigée: si demand laquelle soit jugée des traictes que s'effoient de perdre la nation en établissant le despotisme. Malaz

Fragmento de una carta de Marat denunciando como traidores a la patria á Dumouriez, Salles, Barbaroux, Gensonné, Lasource, Brissot, Guadot, Buzot y Vergnaud.

Je prie que l'on ne s'occupe rien faire de mieux que de moi content que se que ait content dans se memoire que sont tous les reparations ain Di pour alle le 15 juillet 1750 M. De Loner

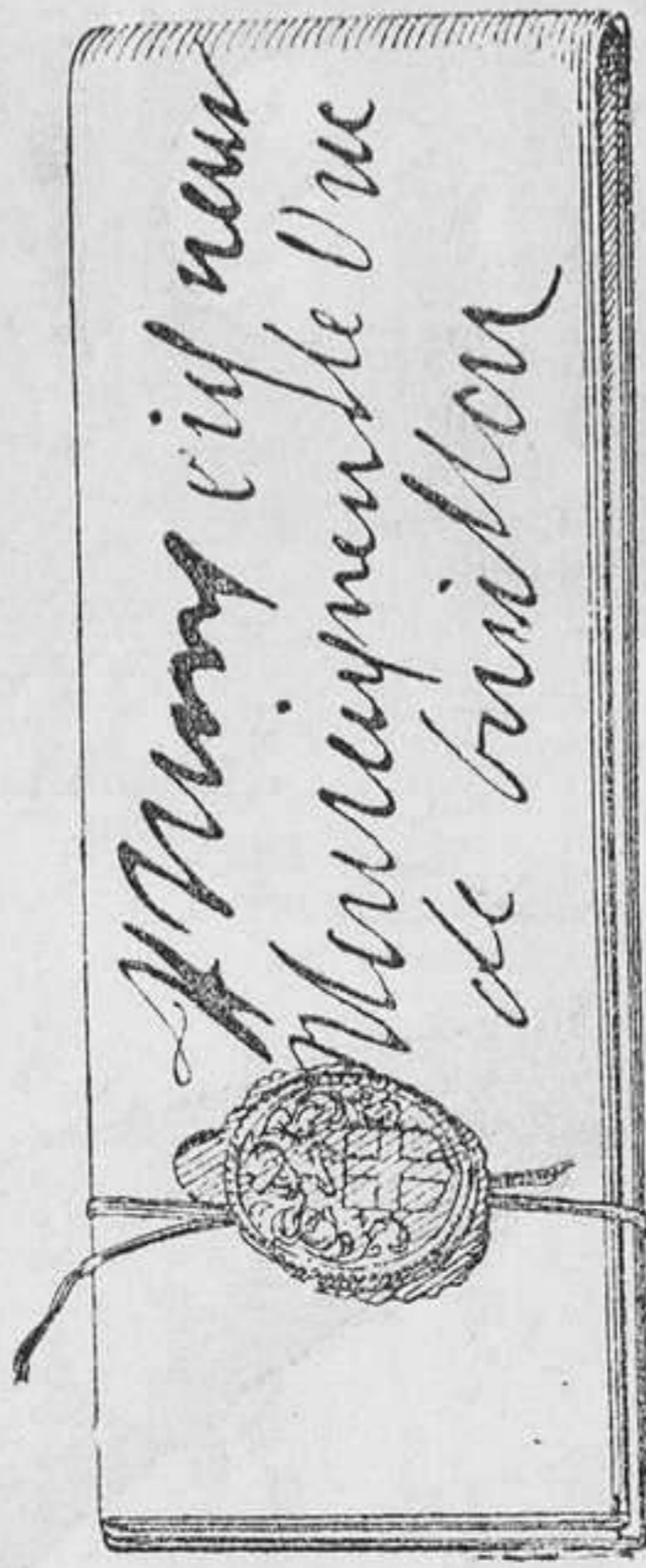
Nota del mariscal de Sajonia sobre las obras del Castillo de Chambord (1750).

Le card. de Bernis

El cardenal de Bernis.

La cession de Jouquier-Tinville

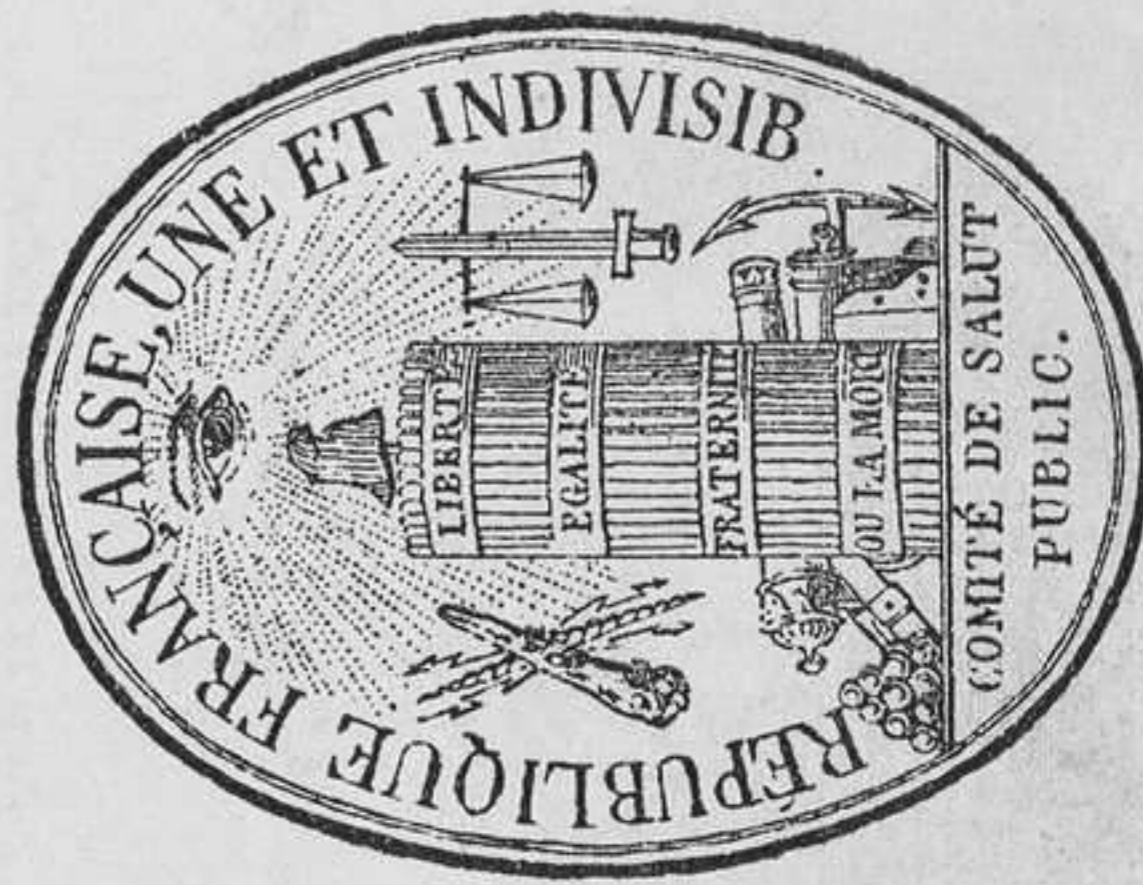
Firma de Fouquier-Tinville.



Turgot
Turgot.

Lafayette
Lafayette.

Aspecto exterior de una carta cerrada (siglo XVI).



Sello del Comité de salud pública.

Pache
Firma de Pache, alcalde de Paris.



Sello de la Commune de Paris.



Sello de la Convencion nacional.



Sir Ricardo Wallace.

Sir Ricardo Wallace.

Sir Ricardo Wallace, que se ha adquirido en Francia tan gran fama de filántropo y de coleccionista de objetos de arte, es un personaje misterioso, á pesar del ruido que hace su nombre, y conocido solo por los beneficios que dispensa á los franceses, y particularmente á los parisienses.

Durante el sitio, se reveló de pronto esta personalidad por una especie de ardor patriótico que podía esperarse de un francés generoso y opulento, pero que era mas notable aun por parte de un ciudadano inglés.

El marqués de Hertford, que tanto ha brillado en los altos círculos de esta capital, acababa de morir, dejando por heredero á sir Ricardo Wallace, que hasta la última hora fué su consolador y amigo. Dueño pues, de una fortuna mas que considerable, en posesiones territoriales, en valores moviliarios y en colecciones magníficas, sir Ricardo Wallace se propuso desde luego dedicarse á la caridad y al alivio de los sufrimientos.

El sitio de París iba á proporcionarle una ocasion de probar sus simpatías á la Francia y de ejercer su beneficencia. Principió por declararse partidario de los franceses, y se negó á salir de París, aunque como súbdito inglés tenia las puertas abiertas. Los representantes oficiales de la Gran Bretaña siguieron á Tours al gobierno, que podia de un momento á otro encontrarse privado de comunicaciones con el extranjero. Una colonia muy numerosa, que no se habria librado de la miseria que la amenazaba en París, sino para hallarse miserable tambien en el territorio británico, conoció sus primeros beneficios y le debió su existencia en aquellos tristes días.

Se preparaba la lucha, iban á entrar heridos en los hospitales y sir Ricardo, de acuerdo con la Sociedad internacional de socorros á los heridos, destinó una suma de 300,000 francos á la organización de una ambulancia militar, la cual llevó el nombre de *Ambulancia del marqués de Hertford*, asociando por gratitud el nombre del lord, su pariente, en este acto caritativo. Bien organizada y con excelentes medios de accion, esta ambulancia solicitó el honor de seguir al ejército activo; se agregó al 43º cuerpo á las órdenes del general Vinoy, le siguió hasta el fin de la lucha y no se disolvió mientras hubo un herido que necesitó sus socorros.

Un hecho señalaremos aqui digno de mencionarse. El hijo de sir Ricardo, M. Jorge Wallace, que formaba entonces parte del ejército francés como oficial de cocareros, desempeñaba cerca del general las funciones de oficial de ordenanza. Ahora bien, no dió su dimision de capitán sino despues que se acabó con la Comuna; se retiró con la estimacion de sus jefes y las simpatías de sus compañeros de armas, y hoy lleva las insignias de la Legion de Honor.

Al mismo tiempo se abrió otra ambulancia con el nombre de *Ambulancia Wallace*, en la misma casa del fundador, en tanto que multiplicando sus beneficios, sir Ricardo se ingeniaba cada día para encontrar una forma nueva y efectiva de esparcir su influencia.

Los diarios señalaban cada día alguna accion filantrópica. Primero fué un donativo considerable á la municipalidad de París, luego una entrega de bonos de viveres en las alcaldías, un fondo afectado á la compra de combustible para los indigentes. Los departamentos limítrofes se habian replegado á París, y sir Ricardo destinó una suma al alivio de los refugiados pobres.

Cuando el bombardeo de la capital hizo nuevas víctimas, trató de constituir un comité de socorros para los bombardeados, alimentó cantinas, hizo beneficiar al noveno distrito de su solicitud por el barrio que habitaba, y lejos de descorazonarse con los desastres que iban en aumento, buscó todos los medios imaginables de parar los golpes.

Un día, por una inspiracion verdaderamente poética y que, segun dicen, le interesó en el alma, los directores del Museo cortaron en los invernáculos del Jardin de Plantas, destrozados por las bombas prusianas, las plantas que habia roto la metralla, hicieron un enorme ramillete, y se le enviaron como público testimonio al bienhechor de la ciudad de París. Fué como un gracioso episodio en medio de un drama horrible.

Al mismo tiempo, por una excepcion sin ejemplo quizá, los dos grandes círculos que representan con mas brillo la sociedad parisiense, la *Union* y el *Jockey-Club*, le nombraron miembro por unanimidad.

* *

Por fin cesó la lucha; París hambriento y no reducido por la fuerza, abrió sus puertas y los ingleses quisieron ser los primeros para entrar viveres. Este generoso pensamiento, borrado despues por el recuerdo de los desastres que siguieron, está hoy demasiado olvidado: á sir Ricardo Wallace se dirigieron desde luego los enviados de la comision llamada del lord corregidor, como al representante legal é inevitable de la caridad pública.

Pero las desgracias de París no habian llegado á su término: aun faltaba la insurrección del 18 de marzo,

que fué el último golpe. Sir Ricardo, cansado de siete meses de angustias, quiso no obstante, permanecer sobre la brecha. Pasó en París aquellos largos días de prueba, respetado por todos y desarmado por su carácter y por la simpatía que le rodeaba, aun á aquellos hombres que no se detenian ante ningun crimen.

Empero el gobierno inglés no habia podido ignorar el papel que un ciudadano inglés habia desempeñado durante el sitio de París. Un movimiento en su favor se acusaba claramente en Inglaterra. La grande discusion que tuvo efecto en el Parlamento cuando se hicieron interpelaciones sobre la salida del embajador, fué ocasion de un público homenaje tributado á su generoso compatriota por los miembros de la cámara de los Comunes.

Este movimiento de la opinion fué sancionado por la decision real que confirió á sir Ricardo el titulo de baron. En Francia el gobierno habia manifestado su gratitud nombrando comendador de la Legion de Honor al bienhechor de los parisienses.

Desde aquella época los asuntos privados de sir Ricardo Wallace, los enormes intereses que tiene en Inglaterra, le han alejado de París. Sin desinteresarse jamás de la Francia, se consagró en su país á una obra artística muy notable. Con una idea filantrópica, resolvió reunir en uno de los barrios pobres de Londres las prodigiosas colecciones de arte que posee, llamando así á toda la poblacion de la ciudad á los barrios del Este, donde se eleva el nuevo Museo de Bethnal-Green, que forma una sucursal de Kensington-Museum.

Los cuadros sobresalientes de todas las escuelas, desde los principales nombres de la pintura hasta los maestros galantes del siglo XVIII y hasta los lienzos célebres de la escuela francesa moderna, han sido clasificados y reunidos en este Museo de Bethnal. La cerámica, los muebles, las joyas, la alta curiosidad ha formado aqui como un museo de estudio para la poblacion obrera, en tanto que la sociedad inglesa poco al corriente de los pintores modernos de Francia, puede ver los sorprendentes resultados del movimiento romántico de 1830. Todos los órganos de la sociedad inglesa han consignado con este motivo la superioridad de la escuela francesa.

Un estudio muy interesante podria hacerse sobre esa exposicion de Bethnal-Green que comprende 4,800 números y donde se encuentran reunidos por el mismo dueño al lado de las obras maestras de la escuela inglesa, diez y ocho Berghem, once Boucher, diez y siete Canaletti, once Cuyp, veinte y seis Decamps, veinte y dos Greuze, diez Guardi, cinco Hobbema, quince Meissonier, seis Metz, once Murillo, quince Pater, once Rembrandt, once Rubens, seis Van-Dyck, dos Ticiano, ocho Velazquez, once Watteau; y por último, treinta y cuatro lienzos populares de Horacio Vernet con una gran cantidad de obras de la escuela francesa contemporánea.

El príncipe de Gales inauguró solemnemente esta exposicion frecuentada á porfia por la poblacion de Londres y los aficionados de toda Inglaterra, como antes frecuentaban la célebre exposicion de Manchester.

* *

Una de las últimas liberalidades del que es objeto de esta noticia, ha dado margen á numerosas interpretaciones en los periódicos franceses. Nos referimos al establecimiento en ciertos barrios de París de las fuentes que llama el público *Fuentes Wallace*. Comprendiendo sin duda el inconveniente que resultaba para la poblacion de París de la falta de esas fuentes cuyo uso es tan general en Inglaterra, sir Ricardo resolvió iniciar esta reforma dejando á la municipalidad de París el cuidado de completar despues su obra con la multiplicacion de esos útiles monumentos. En vez de hacer un donativo en dinero para tal fin, estudió á su costa los modelos, vigiló la ejecucion ó solo dejó al municipio el encargo de colocar las fuentes. Con efecto, esas fuentes de aspecto elegante que adornan hoy muchas plazas de París, prestarán servicios á la poblacion, sorprendida en un principio, pero que al cabo comprenderá el pensamiento del filántropo y su generosa intencion.

El lector espera quizá que penetremos en la vida privada de sir Ricardo Wallace. La opulencia tiene para la multitud un prestigio extraordinario y las grandezas de las *Mil y una Noches*, son poca cosa comparadas con las que turban el pensamiento de los modestos artesanos á la idea de esas fortunas enormes que abren horizontes sin limites á los caprichos de los que las poseen.

Desgraciadamente la vida del hombre generoso que trazamos aqui á grandes rasgos, es casi ignorada. Se sabe muy poco sobre esa existencia consagrada al arte y á la caridad; las indiscreciones de los periódicos habrian podido informar al público, pero lo que se cuenta cotidianamente no es auténtico, y sir Ricardo Wallace es refractario á toda publicidad. Con gran trabajo hemos podido hallar en Londres el original fotografiado de donde está tomado el retrato exactísimo que publicamos. Lo único que sabemos es que la multitud, á riesgo de reconocer bastante mal la generosa iniciativa de sir Ricardo, le abruma con peticiones de toda clase hasta el punto de turbar su existencia; pues su grandeza en la caridad y su persistencia en hacer bien tienen sus inconvenientes y peligros.

El gran coleccionista hace una vida muy retirada.

Sus asuntos privados le absorben tanto como los asuntos públicos, cuyo peso acepta voluntariamente. Sus posesiones considerables en Inglaterra le alejan á menudo de París; si es inglés por nacionalidad, es francés por su corazón, y sean cuales fueren los lazos que le unen á su patria, volverá con frecuencia á París, pues no podria desinteresarse de este país al que ha prodigado señales de simpatía en la mas solemne y espantosa de las crisis, y su recuerdo será eterno en el corazón de los parisienses.

A los que representan directamente esta poblacion, corresponde consagrar esta memoria, dando con ello una señal imperecedera de la gratitud pública.

P. P.

Memorias de un criado.

(Continuacion. — Véase el número 1,043).

¡Puf! casi me vuelca el olor que sueltan aun estas cartas en el momento que las copio:

« Lunes, á las dos de la madrugada.

» Es la hora misteriosa y solemne. Febo alumbra vagamente mi cuarto, y sus pálidos rayos argentan la almohada, sobre la que en vano busco el sueño. ¡Febo, lámpara poética de los amantes! con ayuda de tu suave claridad escribo estas líneas á mi bravo, á mi hermoso Percy, al lord de mi amor, como dijo el divino Shakspeare. ¿Cuándo no tendrá derecho á separarnos la noche tirana? ¡Las doce! ¡Una hora mas! ¡dos!... Tres veces ha hablado la voz del reloj sin que haya cesado de pensar en el esposo elegido... Mi Percy amado, perdonad esta confesion... he depositado un beso al final de esta página; vuestros labios se posarán allí á su vez, y acariciarán el sitio en que leeréis el nombre de vuestra

» MATILDE. »

Este autógrafo, el primero que mi amo recibió de miss Griffin, nos fué entregado, á las seis de la mañana, por el pobre Fitzclarence, comisionado al efecto.

Yo me apresuré á entrar á mi amo el tricordio en cuestion, creyendo que se trataba de un asunto de vida ó muerte. Así que recorrió las primeras líneas, empezó á jurar como un carretero; envió á quinientos mil diablos á la que la habia escrito; la hizo una bola, me la tiró á la cara y se volvió á dormir.

Lo cierto es que, para primera epístola, el estilo debia parecerle demasiado incendiario á un hombre que desconocia aun el testamento de sir Jorge. Pero, qué hemos de hacerle, si la muchacha tenia esa naturaleza. Las novelas melancólicas con que se alimentaba, habian acabado por desteñirse en ella.

Ya os he dicho que Cinqpoints no se tomaba el trabajo de leer esas cartas; pero, con objeto de cubrir las apariencias, me encargó que me enterase de ellas, y que le dijese cuál necesitaba respuesta. La confianza con que se dignó honrarme en aquella ocasion, explica por qué se encuentra en mis manos la correspondencia de miss Griffin.

La carta siguiente, que, por el orden de recibo, tiene el número 64, está fechada al siguiente día del en que Cinqpoints hizo su declaracion oficial.

« ¡Queridísimo mio! ¡A qué extraña locura arrastra la pasion á ciertas gentes! Lady Griffin no me ha dirigido la palabra despues de vuestra entrevista de ayer; ha dado orden de que no recibe á nadie, ni aun á vos, Percy mio. Se ha encerrado en su cuarto. Yo creo positivamente que está celosa, y que se ha figurado que la amábais. ¡Ah! ¡ah! hace mucho tiempo que hubiera yo podido contarla otra historia, ¿no es verdad? ¡Adios! Mil besos á mi futuro.

» M. G.

» Lunes á las dos de la tarde. »

Cuando volvimos á casa, nos encontramos otra carta por el mismo estilo. En el intervalo estuvimos en el cuarto de las Griffin, y no nos permitieron entrar; lo cual no impidió á Mortimer y Fitzclarence recibirnos con sumo agrado; sin duda sabian que las dos casas iban á unirse por un matrimonio.

Me pareció que Cinqpoints no sufrió mucho por volverse sin ver el objeto de su pasion.

Al siguiente día sucedió lo mismo. El miércoles nos encontramos en la antesala á lord Crabs que salía, haciendo un gracioso saludo, con su aristocrática mano, á miss Kicksey, y prometiéndola venir á comer á las siete en punto.

— Las señoras no están, nos dijo Fitzclarence con toda la gravedad de su empleo.

El conde dió un afectuoso apretón de manos á su hijo, y bajamos juntos.

— ¡Bah! no te desanimas por tan poco, mi querido Percy... Jugabas con dos barajas. Ese juego es muy difícil; pero has sido muy diestro. La viuda está celosa y su hija se muere por verte... Pero paciencia, la cólera de la linda viuda no durará mucho; es probable que mañana quiera recibirte.

Milord se apoyaba en el brazo de su hijo y le miraba con una ternura verdaderamente paternal. Cinquopoints no sabía qué pensar de todo esto. No veía en qué pudiera perjudicarle el autor de sus días en adelante; pero temió, á pesar de su éxito del domingo, caer en una ratonera. No tardó mucho, sin embargo, en tranquilizarse al parecer. Creyó que el conde, sintiendo sus inútiles amenazas, trataba de congraciarse con el futuro esposo de miss Griffin. Yo no creí en nada de aquello. Adiviné que había gato encerrado en la manera con que milord examinó á su hijo y en la manera medio benévola, medio siniestra, que vagó por sus arrugados labios. Lo que hay de verdad en todo, es que se separaron como los mejores amigos del mundo.

La predicción de lord Crabs se cumplió. Las dudas de mi señor se disiparon, cuando á la mañana siguiente le entré, hallándose almorzando, los dos documentos siguientes :

« Juéves por la mañana.

» ¡Victoria! ¡victoria! mamá cede al fin. Consiente, no en nuestro matrimonio, sino en recibirnos como antes y en olvidar sus agravios imaginarios. ¡Cómo ha sido tan insensata para ver nunca en vos otra cosa que el amante de vuestra Matilde! Adjunta es su carta. Nado en un torbellino de alegría y de agitación febril. La idea de que iba á volver á ver á mi Percy no me ha dejado cerrar los ojos en toda la noche. Venid.

» M. G. »

La carta de lady Griffin se hallaba concebida en estos términos :

» No os ocultaré que la conducta que observásteis el domingo, me ha disgustado vivamente. Había sido bastante loca para creer que vuestro corazón (si es que el teneis) se había fijado en otra que en la que os complacéis en hacer el blanco de vuestras burlas, y cuya persona, por sí sola, no ha podido seguramente encantaros.

» Creo que mi hijastra no se casará sin pedirme mi consentimiento. No sabré aun dárselo. ¿No debo creer que sería desgraciada, si os confiase su porvenir?

» Pero Matilde es mayor de edad; tiene derecho á recibir á todos aquellos cuya sociedad la plazca, mucho más al hombre que parece destinado á ser su esposo. Si dentro de algunos meses persistís firme en vuestra idea, si puedo creer en la sinceridad de vuestra adhesión, no pondré entonces ningun obstáculo á vuestra dicha.

» Estais, pues, autorizado á volver á vernos. No puedo ofreceros una recepción tan cordial como antes. Semejante promesa os daría casi derecho á despreciarme; pero olvidaré todo cuanto entre nosotros ha pasado, y sacrificaré mi propia felicidad á la de la hija de mi querido marido.

» L. E. G. »

¿No era esta una carta bien franca y leal? ¿No era así como debía expresarse una mujer orgullosa que, preciso es confesarlo, no debía estar satisfecha de nuestro modo de obrar?

Mi amo abordó la cuestión bajo este punto de vista. Como las palabras no cuestan nada, salió del negocio dirigiendo á lady Griffin un discurso lleno de magníficos sentimientos. La besó la mano con una tristeza y una gravedad edificantes; después, con voz agitada, puso al cielo por testigo de que deploraba amargamente que su conducta hubiese dado lugar á una mala inteligencia tan sensible. Su corazón no era ya libre; pero la estimación, el respeto, la gratitud, la viva y tierna admiración que le inspiraba lady Griffin, no tendrían fin más que con la vida. Acompañó toda esta hojarasca con miradas enternecidas, y no se olvidó de llevar repetidas veces su pañuelo á los ojos. En las escenas de emoción, el golpe de pañuelo es siempre de muy buen efecto; recomiendo encarecidamente su uso. Las gentes de poco más ó menos, que emplean sus modestos pañuelos de fular en usos vulgares que ignora un hombre culto y elegante, no llegarían á figurarse nunca cuánta fuerza da á la elocuencia de una frase conmovedora un pañuelo de batista desplegado á tiempo.

Cinquopoints juzgó ganada la partida. ¡Pobre tonto! Acababa de caer en una emboscada tal como no se había enderezado otra para chuscos de su clase.

VIII.

EL DUELO.

El caballero de l'Orge, cuyas visitas eran menos frecuentes desde hacía algun tiempo, no tardó en reaparecer y mostrarse más asiduo que nunca al lado de milady. La viuda le animaba abiertamente.

A pesar de que no existiese en adelante motivo alguno de discordia entre aquellas jóvenes, puesto que

mi amo no se ocupaba más que de su Vénus de desigual espalda, se veía claramente que no por esto se llevaban mejor que antes.

Orge, jóven tan modesto como insignificante, parecía incapaz de hacer daño á una mosca. Sin embargo, al cabo de ocho días me apercibi, por el modo con que contradecía á mi amo, por las miradas que le echaba y porque sus labios se cerraban cuando su rival se presentaba en el horizonte, reconoci, digo, por todos estos signos, que este ser inofensivo estaba completamente dispuesto á buscar pendencia con el honorable Héctor Percy Cinquopoints. ¿Tengo necesidad de decirlo por qué Orge execraba cordialmente á mi amo? Pues era solo porque milady lo quería así.

Odiaba á su ex-amante por lo menos tanto como á su hijastra, y quería vengarse á todo trance. ¿Os figurareis acaso que obró de buena fe al escribir la carta que he tenido el honor de comunicaros? ¿Tal vez no habeis visto en la lectura tan oportuna del testamento más que una pura casualidad? Desengañaos entonces. La viuda había tendido un lazo á Cinquopoints, y este había caído en él, á pesar de su habilidad, con la misma sencillez que un paleta cree en los pronósticos sobre su estrella, que le canta un ciego.

El caballero de l'Orge era un humilde esclavo de la generala, amaba verdaderamente á aquella mujer.

Más le hubiera valido enamorarse de una boa.

Tal imperio tenía sobre él la viuda, que si ella hubiese dicho que dos y dos eran diez y nueve, él hubiera dado tormento á todos los matemáticos que afirmasen lo contrario. Si la hubiese ocurrido la idea de exigirle un homicidio, no sé si se habría atrevido á desobedecerla. Pero lo que ella exigía de él no era un asesinato, si bien se le parecía un poco.

¿Os he dicho que, desde el principio, mi amo se había dedicado á remedar, con una seriedad imperturbable, el mal inglés y la figura exagerada de Orge? Le consideraba más bien como un mono inteligente y dirigido con destreza, que como á un rival. Nunca se le había ocurrido al jóven caballero de l'Orge que se atreviese nadie á burlarse de él en su cara, y no podía formalizarse por chanzonetas dichas en un idioma que se obstinaba en hablar, pero que no comprendía más que á medias.

Desde el día de la inesperada declaración de Cinquopoints, milady tuvo buen cuidado de hacerle comprender lo que existía de ofensivo en los actos de mi amo, y aun aumentó una multitud de frases insultantes que atribuyó al último. Entonces de l'Orge examinaba minuciosamente cada palabra de mi amo como para extraer de ella alguna injuria imaginaria: unas veces estaba más inabordable que un puerco-espín, otras más suave que un cordobán, según le placía á milady.

Hubo entre él y mi amo numerosas escaramuzas; se cambiaron algunas palabras bastante duras, pero siempre acababan por entenderse, porque sus querellas no se apoyaban nunca en pretextos serios y atendibles. Unos días empezaba la cuestión por cuál de los dos había de pasar primero por una puerta por la que cabían los dos á un tiempo; otras, por quién daría la mano á las señoras para subir al carruaje y otras mil futilidades por el estilo.

— En nombre del cielo, exclamó una tarde milady en medio de una de esas disputas, mientras se dirigían desde la sala al comedor; en nombre del cielo, moderaos, señores. Sois ambos tan estimados, tan queridos de los miembros de esta familia, que aunque no fuera más que por nosotras, deberíais ser muy amigos.

Estas últimas palabras salieron de los labios de la generala en el momento en que todos se iban á sentar á la mesa. El semblante del caballero de l'Orge brilló radiante de alegría al oír: *Ambos sois amados*. Contempló un instante á milady con ojos desfavorados, dió una vuelta á la mesa y dió á Cinquopoints un apretón de manos tan fuerte, que estuvo á punto de dislocarle el brazo. Este respondió á tan estúpida demostración con un saludo burlón, y volvió la espalda con altivo porte. De l'Orge se colocó en su puesto, y apenas pudo comer la sopa, porque se asfixiaba de felicidad. Me dejaría colgar si no fuese cierto que las lágrimas se agolparon á sus ojos. Creyó que lady se le había declarado y que le concedería su mano; Cinquopoints lo creyó también, y después de haber lanzado á su futura suegra una mirada llena de sentimiento, se puso á hablar con su elegida. No podía ó no quería ya casarse con la viuda; pero no llevaba á bien que se casase con otro. Por tanto le irritó mucho la semi-declaración escapada á milady.

Permitaseme hacer aquí una reflexión filosófica, fruto de mi larga experiencia. He notado que, por poco que se consiga sulfurar á un pícaro hábil, siempre es pícaro, pero pierde su habilidad. Si se encoleriza, está perdido. Cuando no sabe conservar una sangre fría, deja ver en seguida del pié de que cojea. Se necesita tener un gran hábito del oficio para no enseñar los dientes cuando se quiere morder. Por ejemplo, el viejo Crabs no os trataba nunca con más afabilidad, que cuando deseaba veros hundido en los infiernos. Bajo este punto de vista, se parecía al otro amable lord, de quien el duque de Wellington dijo (yo estaba detrás de su silla cuando pronunció esas palabras): «Podeis darle veinte puntapiés, sin que varíe por eso la expresión suave y benévola de su cara, y sin que una persona que estuviese hablando con él se enterara de lo sucedido al otro lado de su interlocutor.» Cinquopoints no había llegado aun á tal grado de per-

fección, y cuando se encolerizaba, no sabía ocultarlo. También he notado (observación muy profunda y que prueba que nosotros tenemos tan buena vista como los amos, aunque llevemos calzones cortos), he notado que un tunante se incomoda más pronto que otro cualquiera. Un hombre honrado conoce cuando obra mal, un bribón, nunca. Ciertamente es que Cinquopoints no llevó desde que tuvo uso de razón una vida de jugador, de petardista y disipador, para llegar á su madurez con un carácter bien formado. Así es que á la menor contrariedad que experimentase, rabiaba como un colegial de diez años.

Mientras le duraba la cólera, no había sobre la tierra un bruto más insoportable que él.

Y á este extremo era precisamente donde milady quería conducirlo; porque, aunque había hecho lo posible por provocar un duelo entre mi amo y el caballero de l'Orge, solo consiguió hasta entonces levantar tormentas que acaban por calmarse. Los dos jóvenes se detestaban cordialmente, disputaban con gran placer; mas no parecían dispuestos á batirse, aunque tenían no pocas razones para efectuarlo. Los primeros días de su amistad fueron inseparables, y siguiendo la costumbre de las gentes de buen tono, pasaron la mayor parte del día jugando al billar, montando á caballo y tirando á la pistola y al florete.

Cinquopoints era mucho más hábil en el billar que el jóven francés, á quien ganó una cantidad de francos nada despreciable. En la pistola, mi amo pasaba de diez veces, ocho, una moneda, y l'Orge siete; á la espada, el último tocaba uno después de otro todos los botones del peto del honorable H. P. Cinquopoints. Muchas veces se habían ya batido simuladamente, pero aunque habían probado que el uno y el otro podían meter cien balas seguidas dentro de un sombrero á una distancia razonable, no tenían ningun deseo de ejercitar, sin un motivo serio, semejante experiencia sobre sus propios sombreros puestos en sus mismas cabezas. He aquí por qué al enseñarse los dientes, no se habían aun mordido.

Pero la noche de que nos venimos ocupando, Cinquopoints se encontraba en el diapason apetecido, y estaba de humor de no temer ni á Dios ni al diablo. Esto se había dejado entrever bien en la manera con que había respondido á la expansión de l'Orge que, en el exceso de su alegría, había venido á ofrecerle un franco apretón de manos, como se hubiera dejado arrastrar por su ventura hasta abrazar á un oso. Mi amo, después de haberle vuelto la espalda, se sentó al lado de miss Griffin, cuyas monadas fueron recibidas tan poco favorablemente como las de l'Orge. Descargó su cólera contra nosotros, inocentes domésticos, y contra los vinos y los manjares que se le ponían delante; conduciéndose, en una palabra, como un verdadero ganapan, más que como un hijo de buena familia.

— ¿Me permitireis que os dé este alon? preguntó á milady con tono de mal humor, trinchando un pollo á la Béchamelle.

— No, gracias; voy á rogar á M. de l'Orge que me sirva, replicó la dama dirigiendo una cariñosa mirada á su vecino.

— Sentís ahora una admiración súbita por la manera de trinchar de M. de l'Orge; antes os gustaba más la mía.

— ¡Oh! no os incomodeis. Ya sé que sois muy hábil; sino que hoy quiero una cosa más sencilla, á eso se reduce todo.

El jóven de l'Orge tuvo que servir el plato que tenía delante, pero como era demasiado feliz, estuvo demasiado torpe. Mas de media cucharada de caldo saltó al chaleco blanco de Cinquopoints.

— ¡Que el cielo os confunda si lo habeis hecho de intento! exclamó este tirando un cuchillo y vertiendo un vaso, cuyo contenido, para colmo de desgracias, cayó todo en el traje de miss Griffin.

Milady se echó á reír á carcajadas, como si hubiese sido la mejor broma del mundo.

— Os pido mil perdones, querido Cinquopoints, había respondido de l'Orge con tono meliflúo, y en el extravío que le ocasionaban todos aquellos inesperados sucesos, llevó su audacia hasta pronunciar una oración casi entera en inglés :

— *Vit you taque voue glass of Madere viz mi, milady?* preguntó en su incomprendible jerga.

— Con el mayor placer, respondió lady Griffin con un gracioso movimiento de cabeza, mientras contestaba á esta invitación británica, llevando la copa á sus labios.

Acababa de desairar á mi amo, que la había ofrecido vino, lo que contribuyó no poco al buen humor de nuestro irascible protagonista. Así es que continuó demostrándose cada vez más indigesto. Debo añadir, como circunstancia atenuante, que se ocupaba tan pronto de él como de su contrario, con objeto de irritar al uno y de adular al otro.

A los postres, miss Griffin estaba inmóvil de pavor; de l'Orge, ebrio de ventura ó de vanidad satisfecha; la generala parecía encantada, Cinquopoints se ahogaba de cólera.

— Caballero Cinquopoints, dijo la viuda en el instante que la exasperación de mi amo llegaba á su colmo, tened la bondad de ponerme un racimo de esas uvas, que parecen excelentes.

Por única respuesta, Cinquopoints empujó el plato, que, tirando copas, platos y botellas, fué á parar frente á M. de l'Orge.

— Tened la bondad, le dijo al mismo tiempo, de



APUNTES DE VIAJE. — Riña de gallos en una aldea de Nueva Granada.

servir á lady Griffin... Me halaga sobremanera que la gusten siempre mis uvas, pero debería ya encontrarlas verdes.

En seguida hubo una pausa de cinco minutos. Como Cinppoints habia pronunciado en inglés las últimas palabras, milady no consiguió su objeto.

— ¡Ah! ¡os atreveis á insultarme delante de mis amigos, en mi propia casa! ¡Eso es demasiado, caballero! dijo al fin lady Griffin, quien despues de pronunciar estas frases con voz atronadora, se levantó bruscamente y abandonó el comedor.

Matilde la siguió, repitiendo :

— ¡Lady Griffin!... ¡Mamá!... ¡En nombre del cielo!

La puerta se cerró tras ellas, y ya no oimos mas. La encantadora viuda hizo muy bien en replicarle en francés, porque de otro modo, de l'Orge no habria comprendido la insolencia de Cinppoints; pero las palabras de milady le enseñaron lo suficiente. Apenas salió ella, cuando adelantándose el mozalbeta hacía mi amo, le sacudió un bofetón en cada megilla, diciendo :

— ¡Sois un embustero y un malvado!

Esos son epítetos demasiado fuertes para tolerar que se los digan á uno en sus barbas. Mi amo se tambaleó, quedándose estupefacto con aquel ataque imprevisto.

Un instante despues, oyó una especie de rugido, y se quiso abalanzar á su adversario; pero Fitzclarence y yo le cogimos por los brazos, mientras Mortimer sujetaba á su agresor.

— Hasta mañana, gritó este último, fuera ya de la sala y satisfecho sin duda por evitar una lucha desigual.

Cuando le vimos salir á la calle, soltamos á Cinppoints, que se bebió sin respirar dos vasos de agua; reflexionó luego por espacio de algunos segundos, sacó el bolsillo y dió un luis de oro á Fitzclarence y otro á Mortimer.

— Mañana os daré cinco mas, si guardais fielmente el secreto de esta aventura.

Y despues de haber hecho esta generosa promesa, corrió al encuentro de las señoras.

— Si supiéseis, dijo en voz muy baja, aproximándose á lady Griffin (todos los domésticos estábamos escuchando detrás de la puerta), si supiéseis el suplicio que sufro desde que cometi, en un momento de cólera, la grosería que ha causado nuestro disgusto, me creeríais suficientemente castigado por mis remordimientos, y me perdonaríais.

Milady se contentó con inclinar ligeramente la cabeza, y respondió que ni pedía, ni deseaba ninguna explicacion. M. Cinppoints era el prometido de su hija y no el suyo; por su parte, no se expondría mas á ser insultada, sentándose á la mesa con él. En seguida abrió la puerta y se eclipsó de nuevo.

— ¡Oh! ¡Percy! ¡Percy! preguntó miss Griffin llorando á todo trapo, ¿qué pasa aqui? ¿Qué significan esas terribles querellas? ¡Oh! ¡dónde está de l'Orge?

— No os inquieteis, mi querida Matilde, replicó mi amo sonriéndose; ese hombre no ha comprendido nada; está demasiado enamorado para ocuparse de lo que se habla á su alrededor. Se ha ido á fumar un cigarro y volverá dentro de media hora.

En el acto comprendí la razon por qué mentía de este modo. Si miss Griffin hubiese sospechado algo, la habríamos tenido probablemente en el hotel Mirabeau, á fin de impedir el duelo, representándonos una escena de lágrimas, de gritos, de ataques de nervios y de todo lo demás. Asi que la hubo tranquilizado lo mejor que pudo, Cinppoints subió en su carruaje y se dirigió á casa de su amigo el coronel Bullseye, al cual contó todo lo ocurrido. Al llegar á casa nos encontramos con una tarjeta de l'Orge, en que anunciaba los nombres de sus testigos.

Dos días mas tarde, se leía en la seccion de *hechos diversos* del *Galignani's Messenger* un párrafo que voy á trascribros :

« A las seis de la mañana del día de ayer ha tenido lugar en el bosque de Boulogne un duelo entre el honorable H. P. C-p-ts y el caballero de l'O. — El padrino de este era el coronel M., de la guardia real;

M. C-p-ts iba acompañado de su compatriota el capitán B-II-e. Segun las noticias que hemos adquirido, el duelo era originado por una desgraciada discusion sobrevinida anteanoche en el salon de una jóven viuda que es hace algun tiempo el mas precioso adorno de nuestra embajada.

» El honorable H. P. C-p-ts tenia la eleccion de armas, por ser el insultado; pero ha renunciado su derecho, y el duelo ha sido á pistola, á pesar de que M. de l'O tiene fama de ser uno de los mejores tiradores de Paris.

» Los combatientes, armados cada uno de dos pistolas, se han colocado á cuarenta pasos de distancia, con libertad de acercarse hasta ocho. El caballero de l'O ha tirado inmediatamente, rompiendo con su bala el brazo izquierdo de su contrario. Este dejó caer la pistola que tenia en aquella mano, pero adelantándose muchos pasos, descargó la otra. De l'O cayó con una herida que hace temer mucho por su existencia; la bala, que ha penetrado por la parte inferior de la cadera, no ha podido aun ser extraída.

» Se dice que el motivo de este fatal desafio es un bofetón que M. de l'O ha dado al honorable H. P. C-p-ts. Esta circunstancia explica las condiciones especiales del duelo, en que los testigos creyeron de su deber consentir.

» M. C-p-ts está gravemente enfermo. Su padre, el muy honorable conde de C-bs, que se encuentra actualmente en Paris, no se separa de la cama de su hijo, y le prodiga los cuidados mas afectuosos. El conde no ha sabido la triste nueva hasta ayer á las doce, hallándose almorzando con Su Excelencia lord Bobtail, nuestro embajador. Tan infausta noticia le sobrecogió horriblemente; pero, contra el parecer de los facultativos, ha pasado la noche á la cabecera del herido. »

(Se continuará.)